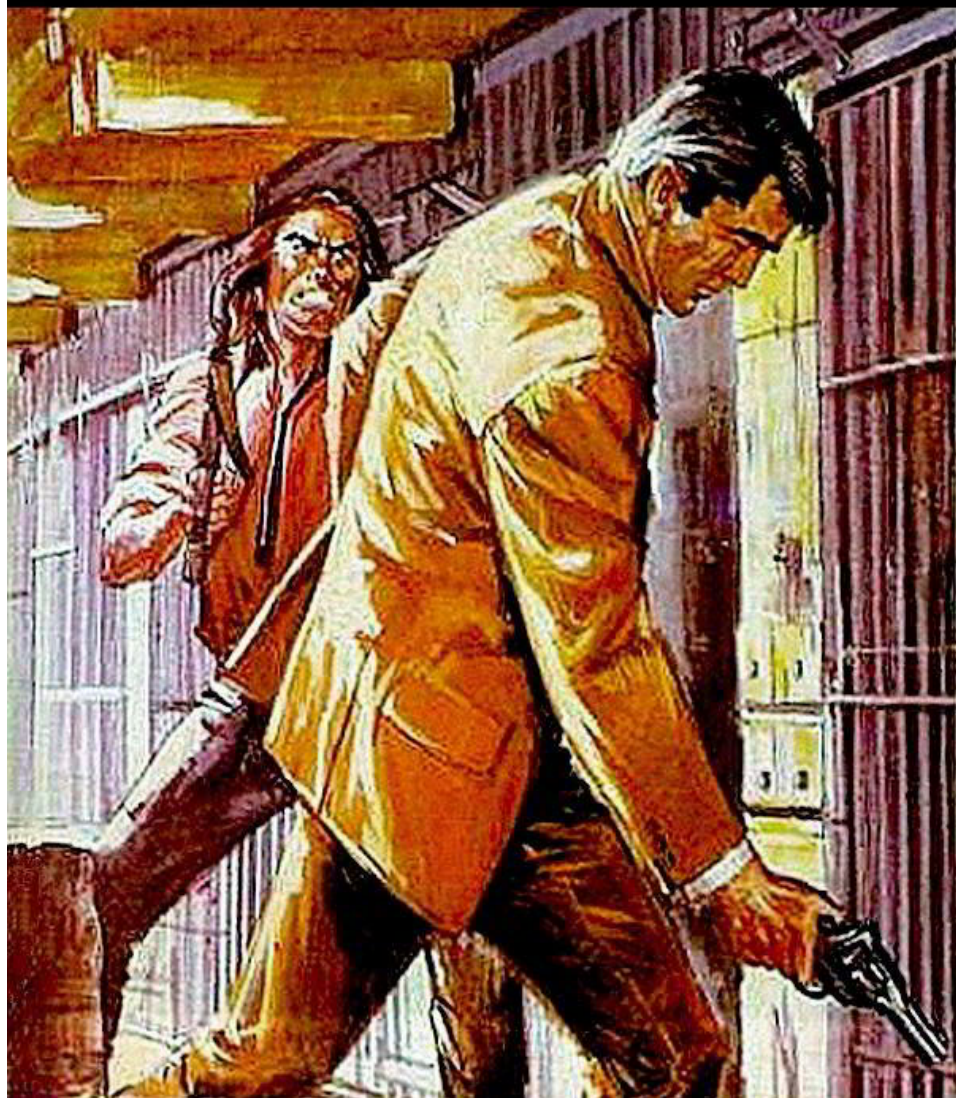


SERVICIO
SECRETO

SS

GALERIA DE LA MUERTE

Kelltom McIntire



El hombre que ocupaba el camastro despertó de pronto cuando la reja se deslizó automáticamente sobre sus raíles.

—¡Levántate, cerdo! —ordenó uno de los dos fornidos vigilantes que acababan de penetrar en la celda. El preso se rebulló, inquieto.

Incluso intentó incorporarse, pero no lo consiguió. ¡Se sentía tan débil!

El funcionario que acababa de hablarle, avanzó unos pasos, le tomó por un brazo y lo arrojó brutalmente fuera del camastro.



Kelltom McIntire

Galería de muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1567

ePub r1.0

Lds 28.01.19

Título original: *Galería de muerte*

Kelltom McIntire, 1980

ePub modelo

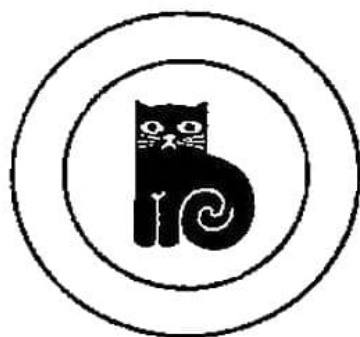
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que ocupaba el camastro despertó de pronto cuando la reja se deslizó automáticamente sobre sus raíles.

—¡Levántate, cerdo! —ordenó uno de los dos fornidos vigilantes que acababan de penetrar en la celda. El preso se rebulló, inquieto.

Incluso intentó incorporarse, pero no lo consiguió. ¡Se sentía tan débil!

El funcionario que acababa de hablarle, avanzó unos pasos, le tomó por un brazo y lo arrojó brutalmente fuera del camastro.

—Pero ¿qué... qué? —murmuró el hombre, con torpeza. Y apoyó ambas manos sobre las baldosas grises. El hombretón que le había sacado del lecho le dirigió una fría mirada.

—No sé cómo logro contenerme —barbotó, furioso—. Debería romperte las costillas a patadas, puerco asesino.

—¡Asesino...! —susurró el preso, confuso.

El vigilante le derribó de un tremendo patadón en el pecho.

—Nunca hables si yo no te invito a hacerlo. Y cuando tengas mi autorización, empieza siempre por la palabra señor —le advirtió el funcionario.

Ante la impávida mirada del preso, los dos vigilantes sacaron de la celda el camastro con la sucia colchoneta y la grasienta manta.

Inmediatamente salieron, y la reja volvió a deslizarse sobre sus carriles. Un momento después, cuando ya habían desaparecido los dos vigilantes, un hombre moreno que vestía el uniforme de los condenados apareció al otro lado de la reja.

Contempló un momento al caído habitante de la celda, escupió hacia él y exclamó con voz dura y despectiva:

—¡Poco maffioso!

Y arrastró el camastro pasillo adelante con un chirrido que hería

los oídos. El preso se quedó mirando hacia la reja con expresión estúpida.

Era un hombre bien parecido, de unos veintiocho años, delgado y esbelto. Tenía unas facciones latinas, muy atractivas, frente despejada, cejas finas, nariz recta, ojos castaño oscuro y una boca bien perfilada, de labios más bien carnosos. Sus cabellos eran abundantes, negros, un poco rizados y medianamente crecidos.

Unos pasos resonaron en la galería. Poco después apareció el recluso que se había llevado su camastro...

Depositó dos cubos en el suelo, miró con odio al inquilino de la angosta celda de seguridad, tornó a escupir y gruñó:

—Púdrete, Diamanti. Antes de un mes probarás el sabor del gas. Es lo que merece una fiera sanguinaria como tú, deshonra de toda Sicilia.

Cogió uno de los cubos, lo balanceó hacia atrás... y súbitamente lanzó el agua sucia sobre el hombre que aún permanecía derribado en tierra.

El agua hedionda le empapó por completo. Agua sucia y helada, que le obligó a incorporarse con torpeza. Con tanta torpeza que resbaló y volvió a caer pesadamente a tierra. Y allí quedó, inmóvil y dolorido. Circunstancia que aprovechó el preso que estaba al otro lado de la reja para arrojarle el contenido del otro cubo.

Luego se alejó riendo a carcajadas y desapareció. Alguien juró en alguna celda próxima.

—¡Sucio maricón! ¿Cómo te atreves a tratar así al honorable Ralph Diamanti? Ralph Diamanti.

El condenado de la celda de seguridad jadeó, impotente, apoyado sobre el muro de la habitación, sobre el que resbalaba aún aquella agua maloliente, pútrida.

Olía a excrementos, a orines...

El hombre se vio asaltado por un escalofrío de asco, de frío y de... miedo.

—¡Señor Diamanti!, ¿me oye? —Llegó una voz bronca de algún lugar ignorado.

Pero el joven que ocupaba la celda no tenía capacidad para hablar. Ni siquiera para pensar.

—¿Me escucha, señor Diamanti? Soy yo: Leonardo Fabbri.

—Leonardo Fabbri —repitió entre dientes el joven moreno.

Aquellas palabras no hallaban el menor eco en su embotado cerebro. Pero tampoco aquel nombre, Ralph Diamanti.

Y, sin embargo, Ralph Diamanti era él, al parecer.

—Fabbri, de Palermo. Hermano de Giorgio y de Nicola Fabbri. Teníamos un negocio de alquiler de automóviles en Frisco, ¿va recordando? —Volvió a oírse la voz bronca—. Usted me protegió, hace algunos años. Me prestó unos miles de dólares para poner el negocio y me introdujo en el «sindicato». ¡Buenos tiempos aquéllos, *signore* Diamanti, ya lo creo...! Por desgracia...

Ralph Diamanti. —¿Diamanti?— se puso primero de rodillas, se sustentó en la húmeda pared después y, con enorme lentitud, logró ponerse en pie.

Y así, sin separarse del muro, avanzó unos pasos hacia la reja.

Sin embargo, le asaltó un tremendo mareo y sus piernas flojearon. Muy despacio, se escurrió hasta el suelo y quedó allí, abrazado al muro como si le fuera la vida en ello.

¿Qué eran aquellas palpitaciones aceleradas de su corazón, la irregular marcha cardíaca, la respiración estertorosa, el sudor que inundaba sus poros, la tremenda angustia que le asaltaba...?

—¿Está enfermo, señor Diamanti? —preguntó Fabbri, desde alguna celda que debía estar situada a su izquierda.

—Es... toy... en.. fermo —murmuró el condenado.

—¡Esos canallas! —se compadeció su inmediato compañero de celda. (Más tarde, Ralph Diamanti averiguaría que tanto la celda de la izquierda como la de la derecha estaban vacías: una medida de seguridad para impedir que los demás condenados pudieran hacerle llegar algún objeto prohibido, tal como una sierra de metales, una lima, un cuchillo, un trozo de cristal o... una cuerda lo suficientemente resistente como para permitirle ahorcarse).

—Bueno, digamos que ninguno de los que estamos aquí somos angelitos —declaró Fabbri, sarcástico—. Pero esos cerdos demuestran un especial encono hacia usted, señor Diamanti. Se diría que son hienas, ansiosas por devorar su carroña. ¿Por qué tanta prisa? Hay tiempo para todo. Incluso para morir.

Fabbri dejó escapar una risa ululante y aguda que contrastaba con su poderoso vozarrón.

—¿Por qué lo hizo, señor Diamanti? Fue un error, un error impropio de un caballero tan inteligente como usted. Me gustaría

saber por qué se cargó a la familia Breeman. He oído decir que Nick Breeman era un hombre honrado, vulgar. Tal vez su esposa, Carol. Dicen que era una joven muy guapa y lozana. Todo eso puedo comprenderlo... Pero ¿por qué mató de forma tan brutal a Jimmy y a Daisy, dos niños...? Discúlpeme, padrone, pero no logro entenderlo. Yo mismo...

Fabbri calló un momento, atento a los sonidos que llegaban desde el otro extremo de la galería.

—Yo mismo asesiné a dos tipos. Los estrangulé con mis manos. Pero ellos me habían denunciado a la policía, y eso justificaba mi venganza. Pero usted... ¿qué motivos tenía para eliminar tan atrozmente a la pobre familia Breeman? —exclamó Fabbri.

Diamanti se palpó la pierna derecha. Alzó el mojado pantalón y descubrió cuatro pequeñas heridas supurantes.

Le escocían agudamente. No era extraño: aquella agua podrida que habían arrojado sobre él hería también los múltiples arañazos de su rostro.

—Está bien. No hable, si no quiere. No se trata de simple curiosidad, ¿sabe? En realidad, siento un gran interés hacia usted. Desde que le trajeron aquí, he intentado comunicarme con usted. Le he llamado muchas veces, de madrugada. Quería ayudarle, dentro de mis posibilidades, pero usted jamás respondió.

¿Por qué?

Diamanti no contestó.

—Logré salvar unos miles de dólares, *signore* Diamanti. El dinero lo puede todo, incluso en este puerco lugar. He conseguido alguna comida extra, cigarrillos. Ese cerdo de Guido Vítale, el ordenanza, me trajo en una ocasión dos botes de cerveza y un poco de *whisky*. En el fondo, no se pasa tan mal. Sólo que...

Ralph chapoteó sobre el piso lleno de agua.

—¿Agua... u orines? —se preguntó, asqueado.

Sentía una gran ansiedad por escuchar más clara y próxima la voz de... ¿cómo había dicho? ¿Fabbri?

Pero cuando por segunda vez trató de erguirse la cabeza le dio vueltas y se vio obligado a desistir. De todas formas, consiguió aproximarse algo más de un metro a la reja de gruesos barrotes macizos.

—Fa... Fabbri —llamó con voz queda.

—¿Sí, señor Diamanti? —respondió en el acto su más próximo compañero de galería.

—¿Por qué... por qué estoy aquí? —preguntó, trémula y tímidamente. En la galería resonó la carcajada retumbante de Leonardo Fabbri.

—¿Por qué? —exclamó—. ¿Y me lo pregunta usted? Diamanti se arrastró dos palmos sobre el agua hedionda.

—¡Por... por favor! —jadeó—. ¿Por qué me han traído aquí?

Se produjo una pausa. Seguramente, en la próxima celda habitada a la izquierda, Fabbri estaba preguntándose si el famoso capo Ralph Diamanti habría sufrido un súbito ataque de amnesia.

—Usted lo sabe muy bien, Ralph. Masacró a la familia Breeman. Utilizó una escopeta repetidora

«Winchester» de cañones recortados para despedazar literalmente a Nick y a Carol Breeman. Después ahorcó a su hijo Jimmy, de nueve años. Cuando Daisy, de cinco, chilló horrorizada y trató de escapar, usted la agarró, la elevó por encima de su cabeza y la estrelló contra la pared. La niña no murió en el acto, pero usted se apresuró a rematarla a golpes de atizador. Tuvo una sangre fría increíble: arrojó fueloil al hogar e intentó quemar el cadáver de la niña...

Ralph Diamanti sufrió un tremendo ahogo. Y tosió secamente.

—¿Yo... hice... algo... tan horrible? —Se atragantó.

—Eso es lo que dicen —respondió Fabbri—. Al parecer, pretendía hacer desaparecer los cadáveres de toda la familia, sólo que una madrugadora vecina de los Breeman vio salir el humo denso de la chimenea, percibió el acre hedor de la carne quemada y se alarmó. Como la puerta de la cocina estaba abierta, penetró en la casa y le descubrió, cuando usted atizaba la lumbre. La mujer exhaló un chillido y escapó. Naturalmente, usted la persiguió. Necesitaba detenerla, evitar que aquella mujer diera la alarma. Como había estado bebiendo toda la noche en la compañía de los cuatro cadáveres, tropezó y se golpeó con el canto de una mesita de mármol en la frente. Cuando volvió en sí, la policía le había esposado ya...

Ralph se tapó el rostro con las manos, horrorizado. Y comenzó a sollozar quedamente.

—¿Por qué se lamenta ahora, señor Diamanti? —Le lanzó

Fabbri, irónico—. La verdad es que jamás imaginé tal sadismo en un hombre tan refinado como usted. Ciertó que un capo del «sindicato» tenía que ser necesariamente un hombre duro y frío, carente de cualquier escrúpulo. ¡Pero hacer esa barbaridad con un par de niños de corta edad! Dígame, Ralph, ahora que ya todo ha pasado y sólo nos queda esperar.

¿Cómo pudo hacerlo?

Diamanti dejó caer la cabeza contra el pecho, hundido en la desesperación.

—No lo sé —pronunció con un hilo de voz.

CAPÍTULO II

La reja rechinó desagradablemente sobre los oxidados carriles.

—¡En pie, babosa! Ralph abrió los ojos.

Se había quedado amodorrado, sentado sobre el agua que llenaba el piso y apoyada la cabeza sobre las rodillas.

En la puerta estaban los dos vigilantes y el preso que repartía el rancho.

Diamanti sufrió un acceso de tos. Su rostro ardía y violentos espasmos recorrían todo su cuerpo.

—¡En pie! —repitió, furioso, el vigilante.

Lo intentó, pero sus rodillas, yertas, se negaron a sostenerle en vertical. Entonces el vigilante penetró en la celda se inclinó y le agarró brutalmente de los cabellos. De un tirón le elevó y le empujó contra la pared:

—Es la hora del rancho, Diamanti, aunque las hienas cómo tú ni siquiera merecen un plato de comida. En cualquier caso, un brazo de piltrafas. Pero la Administración es misericordiosa y te permite comer —le escupió el funcionario.

Se separó de él y Diamanti vaciló, a punto de perder el equilibrio. Sin embargo, se mantuvo sujeto a la pared con un gran esfuerzo de voluntad.

El otro funcionario tomó el plato de plástico de manos del ordenanza, lo puso en el suelo y luego lo despidió hacia dentro de una patada. La mitad de la comida se derramó sobre el agua sucia que llenaba la celda.

Ralph tosía y tosía sin poder contenerse. El violento e interminable espasmo provocó en él una terrible jaqueca.

Pero ¿qué más daba? También le dolía ferozmente el pecho... Y las heridas de la pierna. Y el cuero cabelludo, cruelmente lastimado

por el funcionario.

Cuando se alejaron, el cuerpo del condenado resbaló lentamente sobre el muro y cayó a tierra con un chapoteo sonoro.

Hasta su nariz llegó el olor del rancho. Su instinto le impulsaba a devorar lo que quedaba en el plato y el panecillo que el ordenanza había dejado, arrugado, entre los barrotes de la celda.

«Ni siquiera merezco esa bazofia —pensó—. Soy un animal sin entrañas». Esta íntima afirmación le produjo una intensa perplejidad.

¿Yo, una fiera sin entrañas?

Respiró jadeante. Le picaba la garganta, pero contuvo la tos, pues la cabeza le dolía horribilmente. Eran unas punzadas intensas que parecían perforar su cráneo y lastimar hasta lo más profundo de sus sesos.

Poco a poco se fue serenando. Respiraba con mucha dificultad, eso sí. Carraspeó violentamente y arrojó un esputo lejos, hacia la reja.

Luego se arrastró sobre el piso y agarró con un ademán tembloroso el plato del rancho. Se lo llevó a la boca con ansiedad y deglutió rápidamente la comida, directamente del plato, pues nadie había puesto a su disposición una cuchara.

Luego se deslizó hacia la reja, atenazó el panecillo y masticó ferozmente, como si su tranquilidad dependiera de engullir cuanto antes el alimento.

Su cuerpo entró en reacción lentamente. Pero sus ropas estaban mojadas; tiritaba. Se sintió adormecer.

«Sería mejor morir», se dijo. Pero un instante después se rebelaba contra aquella idea. ¿Por qué... por qué había de morir? Su instinto de conservación le impulsaba a luchar por su existencia, por su supervivencia.

«Debes morir. Eres un criminal, una alimaña, un individuo deshumanizado». Nuevamente algo se rebeló en lo más profundo de sus sentimientos.

«No soy un criminal». Sonrió tristemente.

Fabbri... ¿No tenía bastante con el relato que Fabbri le había hecho de sus terribles crímenes? No recordaba nada. Absolutamente nada.

Si era culpable de unos crímenes sin perdón posible, Ralph

Diamanti no era ahora consciente de su culpa.

No experimentaba el menor remordimiento, no se sentía compadecido de sí mismo, no había en su interior la menor tensión emocional.

Soto una tremenda dejación, una debilidad sin límites que le impulsaba a apoyar su cabeza entre las piernas, a plegarse en un cuatro, a dormir, quizá para ahuyentar la realidad de su sombría situación.

No era difícil adormecerse. El silencio era absoluto, el aislamiento, total. La pequeña celda estaba vacía, a excepción de él mismo. No había ninguna ventana —probablemente la celda estaba ubicada en el sótano—, ni lavabo, ni siquiera retrete.

El frío era intenso y el agua que llenaba la celda difícilmente podría evaporarse con rapidez con la mínima cantidad de calor que irradiaba la débil bombilla incrustada en el muro a tres metros y medio de altura.

Ralph empezaba a sentirse yerto, los ojos se le cerraban, su corazón latía locamente, la respiración era cada vez más agitada.

«¡No me extrañaría que sufriera un colapso!» Pensó.

Tornó a rebelarse ante la idea de morir en aquel infecto lugar, triste y solitario.

—No soy una alimaña —murmuró. Pero no tuvo fuerzas para moverse.

Debería ponerme en pie, gritar, chillar, maldecir, caminar, moverse, hacer ejercicio, generar un poco de calor para secar mis ropas, se reprochó a sí mismo.

Pero aquella idea no halló ninguna repercusión en su sistema nervioso aletargado, ni en sus músculos. Se durmió sin darse cuenta.

Roncaba estrepitosamente y su respiración era estertorosa, sibilante, difícil.

* * *

El vigilante penetró bruscamente en la cabina acristalada.

—¿Qué ocurre? —preguntó su compañero alzando los ojos de la revista que leía.

—Ese tipo, Diamanti. Habrá que cambiarlo de celda.

—¿Por qué? Un cerdo sólo merece una pocilga como las que habita ese individuo. Además...

—No es eso, Gordon —le interrumpió Ellendale—. Diamanti está muy enfermo. Le he echado una ojeada. Se ahoga y tose constantemente. Creo que ha pillado una pulmonía.

—¿Y qué?

—¿Has visto las úlceras de sus piernas? Las ratas han debido morderle, sin que él lo percibiera. Y las heridas están infectadas. El agua podrida que ordenaste echar en la celda no ayudará precisamente a cicatrizarlas. ¡Si muriera...!

—¿Qué más da? Está condenado a muerte. Si fallece en su celda, le habremos ahorrado trabajo al verdugo. No tiene salvación.

Ellendale se impacientó.

—Escucha, Gordon. Yo odio a ese tipo tanto como tú, pero no me gustaría cargar con la responsabilidad de su muerte —expresó, preocupado—. Nuestra obligación es informar al jefe de servicios.

—Déjalo correr, Bert —respondió su compañero, indiferente. Ellendale paseó, impaciente, a lo largo del reducido recinto.

—No, no lo voy a dejar. Iré a ver al jefe ahora mismo —se decidió al fin. Gordon se puso pesadamente en pie y le detuvo en la puerta.

—Espera, Bert. Está bien, iremos a echar una ojeada a Diamanti.

Los dos vigilantes abandonaron la cabina de vigilancia y penetraron en la galería de los condenados.

Se detuvieron en la número veintiséis y contemplaron al hombre que, caído de espaldas sobre el piso, respiraba jadeante, oprimiéndose con ademán desesperado su propia garganta.

—¡Míralo! No puede respirar —advirtió Ellendale—. ¡Ese hombre puede morir esta misma noche!

—Exageras —se burló Gordon—. ¿Eres una hermanita de la caridad o un funcionario de prisiones? Recuerda lo que hizo ese tipo... Tú tienes dos niños de corta edad, ¿no es cierto? También los tenían Nick Breeman y su esposa. Diamanti los mató sin parpadear. Y después intentó hacerlos desaparecer en el fuego de la chimenea.

Ellendale se impacientó.

—Yo no soy quién para juzgar a ese infeliz. Sí, ha cometido unos asesinatos que claman venganza al cielo, pero son los jueces los que tienen que decir la última palabra —declaró, seguro de sus

convicciones—. No lloraré el día que Ralph Diamanti camine hacia la cámara de gas, pero yo no soy quién para ayudarle a morir.

Gordon dejó escapar una risotada.

—No conocía tu vena moralista, Bert. Pero sacaremos de ahí a ese cerdo. Despierta al ordenanza. No pienso manchar mis manos.

Minutos después, Ralph Diamanti era sacado de la anegada celda y trasladado a otra seca que disponía de lavabo, retrete y cama. De mala gana, el ordenanza cargó con el cuerpo del condenado, lo llevó a la nueva celda y le cambió el empapado uniforme por otro seco y limpio.

—Deberás fregar la celda —le ordenó Gordon. Y el preso obedeció a regañadientes.

Sin embargo, el estado de Diamanti se agravó de madrugada. Cuando el vigilante Ellendale fue a visitarle a las cuatro, el recluso respiraba con gran dificultad y su pulso era tan precipitado que el funcionario comprendió que aquel hombre se encontraba en inminente peligro de muerte.

Sin encomendarse a su compañero, descolgó el teléfono interior instalado en la cabina de vigilancia y despertó al señor Calhagam, jefe de turno en la galería de seguridad que albergaba a los condenados a muerte.

A las cuatro quince de la madrugada, Ralph Diamanti fue depositado sobre una camilla de ruedas y trasladado con urgencia al hospital anexo a la prisión.

Cuando el doctor William Harper, médico de la prisión, comprobó su estado, se indignó:

—¡Es... es imperdonable! —reprochó al jefe Calhagam—. ¿Cómo ha permitido que este hombre acabase al borde de la muerte? Señor Calhagam, los presos no son animales. Las leyes determinarán el castigo que merecen sus delitos, pero nosotros tenemos la obligación de tratarlos como a seres humanos, no como a fieras. Y, por lo que veo, este hombre no ha recibido un trato de favor, precisamente.

Descubrió las llagas de la pierna de Diamanti y preguntó:

—¿Puede decirme qué es esto?

—Hay ratas en la planta del sótano, doctor. Luchamos para exterminar esa plaga, pero ya sabe lo que son los roedores: se multiplican incesantemente y...

El doctor Harper le fulminó con una fría mirada.

—Aun suponiendo que usted no esté capacitado para acabar con las ratas, señor Calhagam, es imperdonable que no me avisaran acerca de sus heridas. Y menos aún la pulmonía que sufre este hombre. Imagino que han inundado su celda de agua... Bien, lo siento, señor Calhagam, pero me veo obligado a pasar un informe extenso al director. Me parece indignante que sus funcionarios, sean tan negligentes.

Calhagam se disculpó y luego se marchó.

Pero Harper sabía cómo funcionaban las cosas en la prisión. El director se limitaría a hacer comparecer en su despacho a los funcionarios responsables y les reconvendría suavemente. Y ahí quedaría todo.

Ralph Diamanti fue aislado en una tienda de oxígeno y vigilado constantemente por ayudantes sanitarios. Durante una semana se debatió entre la vida y la muerte. Sin embargo, era un hombre resistente y poseía una salud de hierro, porque cuando transcurrieron ocho días estaba fuera de peligro y sus llagas comenzaban a cicatrizar lentamente.

Había sufrido un calvario durante las largas noches en que creía morir asfixiado. El mismo se había arañado el rostro y la garganta en su desesperado intento de llenar sus pulmones de oxígeno.

Pero ahora, el peligro de muerte había pasado.

Pasaba las horas inmerso en una torpe modorra que atontaba sus sentidos y anulaba su voluntad. Claro que fe habían puesto tantas inyecciones sedantes...

Muchas noches se vio gratificado con delirios constantes que le permitían fugarse de la prisión, al menos, con el subconsciente.

Sus sueños se desarrollaban en un ambiente muy distinto al tétrico y opresivo que le rodeaba en la prisión. Normalmente, su delirio comenzaba con la visión de un utensilio extraño: una bicicleta.

* * *

Como cada mañana, tomaba su bicicleta, la impulsaba con fuerza cuesta abajo y, sustentándose sobre un pedal, pasaba la otra pierna ágilmente sobre la rueda trasera y se dejaba caer sobre el

sillín.

Descendía la pronunciada pendiente, a toda velocidad, frenaba prudentemente ante el paso a nivel, miraba a izquierda y derecha, y luego cruzaba la vía férrea y seguía pedaleando a lo largo del sinuoso camino festoneado de cañaverales y juncales.

El sol calentaba su espalda. Jadeaba y el vaho que salía de entre sus labios se tornaba amarillento al ser atravesado por los rayos de sol, tibios a aquella hora de la mañana.

Una mujer de unos cuarenta años le saludaba a la entrada del pueblo y él agitaba alegremente su mano izquierda.

—¡Buenos días, señora Kellerman!

Rodaba después a lo largo de una recta avenida limitada por hileras de airosos abetos. Su cuerpo iba entrando en calor y adquiría progresivamente el vigor necesario para pedalear con fuerza y atacar la pendiente que llevaba hasta la cima de la colina.

Allí, sombreado por unos airosos cipreses y varios sauces, se elevaba un bello edificio de ladrillo, coronado por un tejado de pizarra. Una veleta giraba a impulsos de la brisa matinal en lo alto de la espadaña que coronaba la esbelta torrecilla.

El verde césped, perfectamente cuidado, brillaba al sol como si estuviera cuajado de esmeraldas. Avanzaba por el caminito de guijarros blancos y unos niños salían a recibirle, jubilosos.

El acariciaba las doradas cabezas infantiles y repartía saludos a Izquierda y derecha. Uno de los niños se llevaba su bicicleta hacia la caseta del jardinero.

Todo era amable, apacible y luminoso.

De pronto se oyó un leve crujido sobre la gravilla. Él se volvía y veía ascender por la pendiente un pequeño coche europeo.

Una joven descendía del vehículo. Sus cabellos eran dorados y flotaban al viento, esplendentes y brillantes.

Era deliciosa. Delgada, esbelta, sus largas piernas escalaban los últimos metros de la pendiente —el cochecito había quedado estacionado bajo los sauces— y ella dirigía una jubilosa sonrisa al hombre.

No se cansaba él de admirar los ojos azules, claros, chispeantes, que despedían cordialidad y... ¿amor?

—Buenos días, queridos.

—Buenos días, pequeña.

—Te vi pedalear cuesta arriba y no quise esperar más. Tienes una fuerza increíble en las piernas... ¡no conseguí alcanzarte aunque pisé el acelerador a fondo! —exclamó ella con profunda admiración.

Contemplaba intensamente los frescos pómulos de la joven, la breve nariz anhelante, los labios húmedos, jugosos, sus senos que se agitaban temblorosos al compás de la precipitada respiración.

¡Qué bonita era...!

Los niños reían y brincaban alrededor de los dos.

—¡Que se casen, que se casen...! —Parloteaban, desvergonzados:

—¡Niños! —Él les amenazaba con la mano, falsamente disgustado.

—¡Déjalos! —le suplicaba ella. Y clavaba en los del hombre sus rutilantes ojos azules.

Luego... las imágenes se deformaban lentamente, se difuminaban. El bello rostro desaparecía como sumergido en una superficie de rielante líquido.

Todo se esfumaba: el alegre edificio, los niños, la colina. Y ella.

A veces un rostro brutal venía a sustituir las anteriores cálidas imágenes. Eran las facciones del vigilante

Gordon, que gruñía cruelmente:

—Una cucaracha no merece vivir. Es preciso aplastarla con la puntera del zapato. Una cucaracha no merece...

Pero ahora no eran las facciones de Gordon, sino el rostro noble y amable del doctor Harper.

CAPÍTULO III

—¿Qué tal se encuentra, Ralph?

Se incorporó un poco sobre la almohada, intentó decir algo, pero le fue imposible. Sus cuerdas vocales estaban secas, tanto como su garganta, su lengua, sus labios.

Se congestionaba, se ahogaba en su impotente esfuerzo por expresarse.

—Tranquilo, tranquilo, Ralph. Todo va bien. Yo estaré aquí, cuidándole. Descanse. Ha mejorado mucho. Ya pasó el peligro. Ahora debe...

Harper calló. Porque iba a decir: «Ahora debe esforzarse en vivir».

Pero, ¿cómo dirigir una recomendación semejante a un hombre cuyo inexorable destino era la cámara de gas o, en el mejor de los casos, la inyección letal?

El doctor Harper no conocía muy bien a Ralph Diamanti. Sabía algo acerca de los delitos cometidos por el mafioso personaje, pero para el médico no tenían mucha importancia los crímenes que habían llevado a la prisión a los miles de hombres que dependían de él y de sus auxiliares. Harper se limitaba a curarlos, a aliviar sus dolencias físicas y, en la medida de sus posibilidades, también las psíquicas.

Pero le había impresionado mucho el aspecto de total desvalimiento de aquel hombre joven y atractivo. Desde luego, el descuido de los funcionarios —si no su reprochable rudeza— no tenían disculpa. Habían puesto en sus manos a un hombre lacerado, herido, con una pulmonía declarada, totalmente arruinado física y psíquicamente.

Diamanti se agitaba en el lecho de forma impresionante.

Gesticulaba, intentaba articular unas palabras, pero de sus fauces apenas brotaba un estertor ininteligible.

—Calma, Ralph. Veamos. Creo que quieres decirme algo, pero no puedes hablar. No temas: probablemente tus cuerdas vocales están inflamadas, pero será una afección pasajera —le dijo, con un tono cálido y tranquilizador—. ¡Ya, ya lo sé! Quieres papel y algo con lo que escribir, ¿no es eso?

—Diamanti asintió vivamente. —Muy bien, buscaré algo para que puedas escribir.

El enfermo se dejó caer sobre el lecho y dejó escapar un suspiro de alivio.

Harper le trajo una carpeta, una hoja de papel y un rotulador. Mientras el preso se acomodaba sobre la almohada y tomaba el rotulador, Harper preparó una solución de antibióticos para inyectársela.

—Vuélvete —le dijo cuando la inyección estuvo preparada. Y Diamanti obedeció, sumiso. Harper hincó la aguja en su glúteo. Ya iba a inyectar cuando advirtió las numerosas señales de pinchazos en ambas nalgas del hombre.

Le puso la inyección. Una arruga de incertidumbre se marcó en su entrecejo.

Un momento después hacía venir a Sawyer, uno de sus ayudantes técnicos sanitarios.

—¿Si, doctor Harper?

—Sawyer, acabo de inyectar antibióticos a Diamanti. He contado no menos de setenta pinchazos de inyecciones. Como quiera que yo no he aconsejado un número tan abrumador de inyecciones, me gustaría saber a qué se deben esas señales —explicó el médico.

—Desde luego. El enfermo ha sufrido frecuentes ataques nerviosos, en su ausencia, doctor. Mis compañeros y yo nos hemos visto obligados, en numerosas ocasiones, a inyectarle sedantes para apaciguarle. Usted no conoce a ese hombre cuando estalla en una crisis neurótica. Se agita como un poseído, destroza ropas y muebles, nos golpea. En más de una ocasión, nos hemos visto obligados a colocarle una camisa de fuerza.

Harper observó a su ayudante con curiosidad.

—¿Opina usted que ese hombre —dirigió una ojeada a

Diamanti, que se esforzaba en escribir rápidamente— sufre algún tipo de desequilibrio mental?

Sawyer se apresuró a negar tal posibilidad.

—¡No, no, ni mucho menos! —respondió—. Sencillamente está desesperado porque intuye lo que le aguarda. Solamente es un salvaje. Anoche me dirigió una dentellada al cuello. Si me hubiera alcanzado, ahora sería yo el que estaría hospitalizado. Créame, doctor, Diamanti es un individuo peligroso.

Harper asintió, pensativo.

—Está bien —expresó, al cabo—. Eso es todo, le agradezco su informe. Sawyer abandonó la estancia.

El médico observó a Diamanti, reflexivo.

Naturalmente que un asesino debía ser, en esencia, un individuo peligroso. Para la sociedad, en su conjunto.

Lo curioso del caso era que aquel hombre jamás había dado muestras de inquietud o violencia en su presencia. Al contrario, Ralph Diamanti le había parecido un hombre sosegado, sumiso y amable, aunque atormentado, era evidente.

Con gran curiosidad, Harper se acercó al lecho del preso y miró lo que estaba escribiendo. Ralph se volvió hacia él, pálido y agitado, y le tendió la hoja que acababa de escribir.

La había llenado en breves minutos. Teñía una letra preciosa, casi caligráfica, y las frases habían sido redactadas con toda corrección, sin una sola falta de ortografía.

Profundamente interesado, Bill Harper se retiró unos pasos y leyó detenidamente la comunicación:

«Querido doctor Harper:

»Necesito desesperadamente que me ayude. No, no voy a pedirle que me ayude a escapar de aquí: mi sentido de la realidad es confuso, pero le aprecio demasiado como para solicitar de usted algo semejante. Lo que le pido es que me ayude a encontrarme a mí mismo. Actualmente, soy un hombre arruinado, mortalmente desesperado.

»La verdad es que no sé quién soy. Uno de los

presos me contó algunos detalles sobre mí mismo. Dicen que he cometido unos crímenes horrendos, pero yo no recuerdo nada. En realidad, ni siquiera sé quién soy, aunque he oído que me llaman Ralph Diamanti. Lo cierto es que me siento íntimamente desorientado. La sola idea del crimen me repugna. ¡Yo no logro reflejarme, aceptarme, en la imagen que me atribuyen!

»Todos me miran con odio, con verdadero asco; los funcionarios, los ayudantes sanitarios, excepto usted.

Usted siempre me ha tratado como a un ser humano, sin discriminación alguna...».

Harper dirigió una inquisitiva mirada al preso. Diamanti le contemplaba fijamente, con concentrada atención, ansioso.

«Tiene una expresión noble, sincera —pensó el médico—. ¿A qué grados de fingimiento puede llegar un hombre que se ve abocado a morir en la cámara del gas?».

Pero en seguida volvió a dedicar su atención al folio manuscrito de Diamanti.

«Ignoro cuándo me trajeron aquí y me desespero en un mar de preguntas, de cuestiones que nadie es capaz de responderme.

»He tenido algunos sueños en que me veo absolutamente diferente. En mi delirio, me siento un hombre respetable y querido. Pero no sé cómo explicármelo.

»Por otra parte, desde que recobré mi consciencia, advierto que mis pensamientos son inconexos, fugaces, aberrantes. No sé si esto se deberá a mi actual debilidad física, pero lo cierto es que a menudo me olvido incluso de cosas que ocurrieron ayer. En los escasos momentos de lucidez, tengo la sensación de que yo no soy ese horrible personaje, Ralph Diamanti, que todos ven en mí. Es una idea muy confusa, lejana y

fugaz.

»Pero no voy a seguir habiéndole de esto. Lo único que pido de usted es que me ayude a encontrarme a mí mismo. Quiero saber quién soy, qué he hecho, cuál es mi sudación dentro de esta prisión.

»Se lo ruego...».

Harper dejó la hoja manuscrita sobre una mesita auxiliar y se acercó al lecho de Ralph Diamanti. Tomó una silla y se sentó junto a él.

Le contempló, pensativo, unos instantes.

—Imagino que tienes la esperanza de que tu pretendida amnesia influya sobre la decisión del presidente —dijo.

Ralph se atragantó. Comprendiendo su impotencia, Harper buscó un par de folios y se los entregó. Inmediatamente, Diamanti comenzó a escribir. Lo hacía con gran soltura y rapidez. Su caligrafía era admirable y pulcra y los renglones rectos y paralelos, lo cual producía cierto asombro en el doctor Harper.

—A ver... —Tomó la hoja que el preso le tendía con un ademán nervioso y leyó.

«No sé lo que va a ocurrirme, ni cuál es mi responsabilidad, doctor. No trato de fingir una amnesia... ¡precisamente quiero tener mis propios recuerdos!.

»Y esto es lo que le pido, doctor: que se informe bien y me diga en concreto quién soy yo (no me diga que soy Ralph Diamanti), necesito conocer mi vida anterior y los hechos que me trajeron a la cárcel.

»Se lo agradeceré mientras viva». Harper se estremeció.

«Poco tiempo será eso, pobre iluso. Es probable que camines hacia la cámara del gas en el plazo de un mes», pensó. Y se sintió disgustado consigo mismo.

Consultó el reloj: eran las siete de la tarde.

—Debo marcharme ya. Ralph: llevo tres días sin cenar, con mi esposa —dijo con voz pausada—. Pero antes de abandonar la prisión, trataré de informarme acerca de cuanto te interesa. Nos veremos mañana.

¿Me permites qué conserve estas hojas manuscritas?

El preso asintió vivamente. (¡Qué desesperado y falto de aliento parecía...!).

—Descansa, Ralph. Estoy muy interesada en ayudarte —prometió.

Diamanti le dirigió una mirada de profundo reconocimiento que se quedó clavada en la memoria de Bill Harper.

CAPÍTULO IV

—Jack, necesito una copia del informe policial y del testimonio de condena de Ralph Diamanti —solicitó el doctor Harper.

Jack Hagerty dirigió al médico una rápida mirada por encima de las gafas.

—¿Para qué necesitas todo eso? —preguntó, asombrado.

—Ralph cree padecer una amnesia. Quiero...

—¡Ah, vamos! —Hagerty sonrió, comprensivo—. No le hagas caso. Es un condenado a muerte. Probablemente, el presidente denegará el indulto que ha solicitado su abogado. No tiene muchas esperanzas.

—Creo que hablamos en idiomas diferentes, Jack. Yo no trato de defender a Diamanti. Mi conducta como médico ha sido siempre muy clara al respecto. Me interesa Diamanti como ser humano...

—¡Ser humano! ¿Es que no conoces el historial de ese individuo?. Sólo echar una ojeada a su expediente produce intensas náuseas —exclamó el director de la prisión.

—Precisamente. Sólo tengo una vaga idea acerca de Diamanti. Y siento una enorme curiosidad por conocer todas las circunstancias que le trajeron a la prisión. Por eso te he pedido sus antecedentes —especificó el médico.

Hagerty asintió con un movimiento de cabeza.

—Está bien, si se trata de simple curiosidad —pulsó un botón de su interfono y dijo—: Harry, saque unas fotocopias del expediente de Ralph Diamanti y entrégueselas al doctor Harper. Le estaremos esperando.

Se puso en pie, abrió la vitrina de cristal esmerilado de un mueble tallado y sacó una botella de jerez y dos vasos.

—Tómate una copa conmigo, Bill. Últimamente estás tan

ocupado que apenas tenemos oportunidad de permanecer un rato juntos —dijo Hagerty.

Puso una copa en su mano, bebieron un sorbo de fragante vino y luego encendieron cigarrillos.

—No he obtenido contestación tuya acerca de mi informe sobre los vigilantes Ellendale y Gordon. ¿Es que no vas a tomar medidas contra ellos? —pronunció el médico, con claro reproche.

Hagerty aspiró el humo de su cigarrillo.

—¿Qué crees que puedo hacer, Bill? Durante los tres primeros meses del año, quince funcionarios han conseguido la excedencia y seis se despidieron para siempre, hartos de la prisión —explicó—. Llamé a esos dos funcionarios y no sólo les reconvine, sino que les amenacé con una nota disciplinaria en sus expedientes...

Paseó hasta el muro frontero, contempló, extasiado, una bella marina colgada de la pared, y se volvió hacia Harper.

—Por desgracia, yo no puedo luchar contra el ambiente —apreció—. Tenemos a tres mil quinientos presos aquí. Son la escoria de las cárceles, seres endurecidos, peligrosos. Los vigilantes tienen que enfrentarse constantemente a motines, plantes, peleas. Los nervios se disparan a menudo. En ocasiones, los funcionarios se sienten amenazados... Todo eso crea una psicosis de violencia muy desagradable, que les impulsa a buscar el porvenir en profesiones o negocios menos peligrosos. Créeme, Bill; hago todo lo que puedo. Pero si aprieto demasiado a mis empleados, ellos rae abandonarán.

Harper asintió con lenta cabezada. El conocía muy bien el peculiar ambiente opresivo de la prisión. Lo cual no era obstáculo para que desease con todas sus fuerzas que el trato a los presos fuese más equitativo y humano.

Harry Foster penetró poco después en el amplio despacho con las copias de los documentos que necesitaba Bill Harper. Éste los recogió; terminó su copa, estrechó la mano de Hagerty y se despidió:

—Hasta mañana. Debra estará comenzando a impacientarse —dijo. Y abandonó la prisión.

Tardó un cuarto de hora en trasladarse en su automóvil a Stone Bay, localidad situada a unos dieciséis kilómetros de la prisión donde el matrimonio Harper residía.

Debra Harper le recriminó por su tardanza, pero su gesto fosco

desapareció en cuanto el doctor Harper la abrazó y la besó tiernamente en los labios. Entraron. Bob, su único hijo, un muchacho de doce años, estaba viendo un filme del Oeste en la televisión.

Bob besó a su padre distraídamente en la mejilla y volvió a concentrarse en el televisor. Harper sonrió, comprensivo, tomó a su esposa por el talle y ambos fueron a la cocina.

—Siéntate. Pareces preocupado —comentó la atractiva señora Harper, escrutando, sagaz, su semblante—. Sacaré una botella de vino y te prepararé unos filetes y ensalada. Relájate. Creo que trabajas demasiado, Bill.

Oyendo la conversación de su esposa, Harper se fue relajando poco a poco.

Bebió un poco de vino, picó en los entremeses que Debra había dejado a su alcance y extendió sobre la impecable mesa de la cocina el informe sobre Ralph Diamanti. Poco después se había abstraído tan profundamente en la lectura que ni siquiera advirtió que su esposa dejaba en la mesa una bandeja con su cena.

Volvió a llenarse la copa sin mirar y siguió leyendo hasta dar fin a los treinta y ocho folios de que contaba el expediente:

Cuando terminó, lanzó un suspiro y dejó los folios sobre la mesa.

En resumen, la historia de Ralph Diamanti había sido una cadena sin fin de delitos; robos, reyertas, violaciones, abusos y transgresiones de todo tipo.

Diamanti procedía de una familia de inmigrantes sicilianos. A los catorce años se le conocía en Little Italia (un barrio de Nueva York considerado un *ghetto* más), como un adolescente introvertido y cruel que gozaba haciendo sufrir a los animalitos que caían en sus manos. En el pequeño patio-jardín de su casa de vecindad en Little Italia tenía un cementerio en el que había sepultado unos cincuenta perros y gatos, que él cazaba en los callejones y en los edificios semiderruidos del barrio. Animales a los que mataba, después de someterlos a cruentas e incontables torturas.

A los dieciséis años violó a una niña de catorce años. Ser menor de edad le valió una estancia de un año en Cottage Bitch, de donde salió convertido en un bravucón insolente y peligroso.

Para entonces, Diamanti comenzó a tomar gusto a los negocios. Al anochecer, él y sus amigotes, componían una numerosa cuadrilla

que se dedicaba a apedrear los escaparates de las humildes tiendas del *ghetto*. Al día siguiente, Ralph se presentaba al dueño del negocio en cuestión y le pedía cincuenta dólares mensuales... a cambio de la seguridad de que su tienda no volvería a ser destruada en adelante.

Después... Una estancia de cuatro años en una prisión para delincuentes juveniles por homicidio frustrado. Numerosas detenciones hasta los veinticuatro años. Denuncias por lesiones a personas que no suponían ningún peligro para él: ancianos, inválidos, minusválidos, ciegos que vendían baratijas, menores...

Por entonces, Ralph dormía a menudo en los calabozos de las comisarías de Nueva York. Había ampliado sus negocios de «protección» y se dedicaba con gran éxito a las apuestas ilegales, al asalto de camiones en ruta, a las loterías clandestinas y a toda clase de actividades execrables.

Se le señalaba ya como un activo del «sindicato» y se suponía que gozaba de ingresos cuantiosos, del orden del millón de dólares anuales, aunque la policía nunca pudo establecer dónde guardaba sus «ahorros» o invertía sus ganancias.

La presión policíaca le aconsejó finalmente trasladarse a una nueva «tierra de promisión»: la costa Oeste de California. Enormes ciudades, fabulosas posibilidades de enriquecerse.

En San Francisco, Ralph Diamanti pronto se dio a conocer y a temer. Controlaba a centenares de pandilleros, chivatos, intermediarios y asesinos a sueldo.

A lo largo de cuatro años, Diamanti fue citado ante diferentes tribunales, acusado de asesinato, soborno, cohecho, amenazas a diferentes personalidades y también de dirigir un grupo mañoso en el Estado de California.

Pero Ralph era ya todo un personaje a aquellas alturas. No sólo dirigía numerosos negocios legales: también poseía autoridad en los negocios fruteros y de los transportes. Se le veía a menudo codearse con actores y actrices e incluso con influyentes personajes de la política.

Contaba con los mejores abogados, que nunca tuvieron grandes dificultades en obtener para él la absolución por insuficiencia o por absoluta carencia de pruebas. Testigos que días antes estaban dispuestos a testificar contra él, se negaban a comparecer ante los

tribunales o desaparecían misteriosamente para no volver.

Fue entonces cuando se produjo el asesinato masivo de la familia Breeman.

Por qué cometió Diamanti aquel tremendo error, no podía explicárselo la policía, que se sintió muy satisfecha cuando logró esposar al mafioso con pruebas abrumadoras a sus espaldas.

Tampoco podía explicárselo al sensible doctor William Harper.

—Ralph pudo encargar ese sucio trabajo a unos cuantos de sus matones. Y jamás hubiera ido a parar a la cárcel.

Pero...

Diamanti poseía un restaurante italiano en el centro de San Francisco. Y una de las camareras que atendían a los clientes era precisamente Carol Breeman.

Era una mujer muy hermosa. De belleza un tanto provocativa, en seguida captó las lascivas apetencias del capo, que desde el principio consideró a la bella y joven mujer bocado fácil.

Se equivocaba, lamentablemente. Porque en verdad Carol Breeman era una mujer honesta, amante de su marido y de sus hijos. Si trabajaba en el restaurante —uno de los pocos negocios lícitos del gánster— era únicamente con un motivo noble y limpio: Nick Breeman, su esposo, padecía una grave enfermedad del corazón que le impedía realizar trabajos fatigosos. Nick decoraba piezas de cerámica en su propio hogar y su esposa ganaba un poco más de dinero, lo que permitía que la familia Breeman atendiese sin apreturas a los gastos del hogar y a la educación de sus dos pequeños hijos.

Según las pruebas, Ralph Diamanti había, perseguido durante casi un año a Carol Breeman. Obcecado en sus deseos, había llegado a amenazar públicamente a la mujer.

Luego, aquella noche, perdió, el control de sí mismo por primera vez en su vida. El despecho provocado por haber fracasado con una mujer, le impulsó a beber desordenadamente.

A las once de la noche penetró por la fuerza en el hogar de los Breeman, una confortable casita a las afueras del gran San Francisco, para lo cual hubo de fracturar la puerta posterior del chalet.

Sorprendió al matrimonio Breeman viendo un programa de televisión. Sin previo aviso, sacó de debajo de su ligera gabardina la

recortada repetidora «Winchester» y disparó hasta descargar los siete cartuchos de que disponía el arma.

Harper había visto unas horribles fotografías en la prensa diaria. Los Breeman habían muerto instantáneamente, destrozados sus rostros y convertidos sus pechos en una carnicería repugnante.

Jimmy Breeman, que ocupaba un dormitorio en el piso alto, apareció en la escalera y contempló con horror los cadáveres de sus padres y el salón manchado de sangre. Paralizado por el pánico, fue presa fácil del criminal, que cortó el fuerte cordón de una persiana, enlazó al niño por el cuello y le ahorcó desde lo alto de la propia escalera.

Con Daisy fue aún peor. La niña intentó escapar, dando chillidos de espanto, Diamanti la alcanzó en la mitad del salón, la agarró por los cabellos y por una pierna y la estampó contra la pared frontera.

Luego, la remató a golpes de atizador en el suelo...

Lo que sucedió después, excitó los ánimos de los ciudadanos hasta el paroxismo: el asesino pasó el resto de la noche emborrachándose en el hogar de los Breeman. De madrugada se le ocurrió la idea salvadora que habría de eliminar toda huella de los brutales asesinatos. Empapó de fueloil el cuerpecito de Daisy Breeman y lo arrojó al fuego de la chimenea.

Sin duda, pensaba hacer lo mismo con los cadáveres de Jimmy, de Carol y de Nick Breeman. Pero las circunstancias no estaban a su favor ya.

Una mujer penetró en el domicilio de los Breeman y sorprendió al gánster cuando éste atizaba el fuego en el que estaba carbonizándose el cuerpecito de la niña.

Entorpecido por la borrachera, Ralph no consiguió detener a la mujer, que se lanzó a la calle, despavorida y escandalizando con sus gritos a la vecindad.

Cuando los agentes de un auto-patrulla penetraron después en el domicilio de los Breeman, contemplaron un panorama dantesco: el salón convertido en un matadero, el fuego expeliendo un hedor acre y... Ralph Diamanti desvanecido en el suelo.

Se había golpeado accidentalmente contra una mesa. La herida abierta en su cráneo empapaba de sangre sus negros cabellos...

Bill Harper se quitó las gafas, frotó sus párpados con las yemas de los dedos y tomó un sorbo de vino. Luego, distraído, probó unos bocados de la comida que Debra había dispuesto para él.

«Es curioso... —pensó—. Yo diría que entre el Diamanti que se describe aquí y el hombre al que he estado atendiendo estos días, existen sustanciales diferencias».

El asesino mafioso era un hombre brusco, violento, irascible. El Ralph. Diamanti que Harper había cuidado en el hospital era tímido, amable y callado.

¿Y si no fuesen la misma persona?; se preguntó, estupefacto.

CAPÍTULO V

—¿Quiere dejarnos un momento a solas, Sawyer? —preguntó amablemente el doctor Harper a su ayudante sanitario.

Sawyer alzó la cabeza, sorprendido, miró alternativamente al enfermo y al médico, y abandonó la habitación.

Cuando estuvieron solos, Harper observó a Diamanti. Le tomó el pulso y le puso el termómetro, un tanto preocupado. La temperatura del preso era de casi cuarenta grados. Sin embargo, la temperatura que Sawyer había anotado en el gráfico dos horas antes apenas señalaba treinta y siete grados.

Diamanti tenía las mejillas encendidas y los ojos velados.

—¿Puedes hablar, Ralph? —preguntó el médico. Diamanti movió los labios con torpeza.

—Con... mucha... dificultad, doctor —balbuceó. Harper dirigió una mirada a la puerta.

La sospecha se iba abriendo paso aceleradamente en su cerebro. —¿Te han puesto alguna inyección?—preguntó al recluso.

—Tres... desde anoche —respondió Ralph, con voz sibilante.

—¿Sedantes?

—No... lo sé, doctor.

Diamanti daba la sensación de un intenso torpor físico. Sus ademanes eran lentos y mantenía los párpados casi cerrados.

—Le están atiborrando de sedantes. Pero ¿por qué? —se preguntó Harper, desorientado.

Caminó hacia la puerta. ¿Se oyó entonces un rumor en el pasillo o sólo lo imaginó? Abrió la puerta y se asomó: Sawyer manipulaba en el autoclave del botiquín anexo.

—¿Quiere venir un momento? —dijo el médico. Sawyer se apresuró a reunirse con él en el pasillo.

—¿Sí, doctor?

—A partir de ahora no se inyectarán sedantes a Ralph Diamanti —indicó, tajante.

—Pero ya sabe que ese hombre sufre frecuentes accesos de violencia...

—Limítense entonces a reducirlo y a colocarle la camisa de fuerza. Avísenme con urgencia en cuanto se produzca uno de esos accesos. ¿Queda bien entendido?

Sawyer asintió.

—Como usted disponga, doctor —respondió. Y volvió a su botiquín.

Harper entró en la habitación de Diamanti, cerró la puerta y aguardó un momento, presto el oído. Luego se tranquilizó al oír el rumor que producía Sawyer marcando un número de teléfono.

Observó al recluso, que permanecía en la misma actitud estática y somnolienta.

«Es muy extraño —se dijo Harper—. Este hombre sólo sufre accesos violentos cuando yo me alejo de la prisión».

Buscó su maletín, seleccionó una ampolla, le cortó el cuello hábilmente y vertió su contenido en un vaso, que mezcló con un poco de agua.

Luego tomó a Ralph por el cuello y le incorporó.

—Vamos, muchacho, toma esto. Suavizará tu garganta y te ayudará a hablar —dijo. Diamanti obedeció, confiado.

Diez minutos más tarde, el enfermo se incorporaba sobre sus codos y murmuraba:

—Doctor, anoche tuve una de esas pesadillas —vaciló—. Bueno, no era exactamente una pesadilla: yo diría que empezaba a recordar...

—¿Recordar... qué?

—Acérquese, por favor.

Harper tomó una silla y se acomodó cerca de Ralph.

—Dime.

* * *

Los chicos se habían marchado ya. La estancia había quedado solitaria y silenciosa.

También se había marchado ella. Dijo que tenía que hacer unas compras en la ciudad, pero que volvería antes del anochecer.

—No quiero que te intranquilies por mi causa —añadió, con una sonrisa encantadora. Y se fue.

Entre sus dedos tenía un montón de hojas de ejercicios. Los repasó cuidadosamente. De vez en cuando, dirigía una mirada llena de ansiedad a la fotografía enmarcada en un barato pero atractivo, marco de piel: allí estaba reflejada ella, sonriente y entrañable. Y su firme y graciosa letra redondilla: «A Blaine Prentice, con amor. Francey».

A través de los ventanales penetraban los últimos rayos de un sol otoñal. En el silencio podía escuchar claramente el tictac de su reloj de pulsera.

Tras la prolongada jornada, era agradable trabajar en aquel recogimiento silencioso.

Trabajó durante largo rato. La luz huyó y hubo de encender el tubo fluorescente más próximo a su mesa. Luego, de repente, se oyó el zumbido de un escape.

¿Ella?

Bruscamente, la puerta se abrió y tres individuos penetraron en la estancia. Eran hombres jóvenes, de su edad aproximadamente, vestían ropas caras y sus facciones eran duras e insolentes.

Le observaron fijamente, con insistencia. Parecían muy sorprendidos.

Uno de ellos sacó una cartulina, la miró, desvió su mira da hacia el hombre que se sentaba tras la mesa y luego ofreció la fotografía a sus compañeros, que la examinaron con idéntica vehemencia.

—¡Parece imposible! Pero ahí está.

—Ese tipo, Rocksoh, no se equivocaba. Éste es nuestro hombre.

—No lo hubiera creído..., si no lo tuviera ahora mismo ante mí —expresó otro. Se puso en pie tras la mesa, intrigado y ofendido.

—¿Pueden decirme qué hacen aquí?

Los tres hombres se acercaron a él. Sonreían.

—Desde luego, que pensamos darle esa satisfacción, señor. ¿Quiere acercarse?

Descendió del plinto y... uno de aquellos individuos le atenazó un brazo a la espalda con una violencia inaudita.

—Pero ¡qué hacen! —clamó, más sorprendido que asustado.

Otro hombre alzó un puño sobre su rostro, pero su camarada le atenazó por la muñeca.

—Nada de golpes, Burt. Ya sabes las instrucciones. No hemos de hacerle ningún daño, ninguna marca. Hay otros procedimientos, amigo mío...

El hombre sacó un fraseo de un bolsillo. Le quitó el tapón y vertió algo sobre un pañuelo. Antes de que el agredido pudiera apercebirse de lo que iba a ocurrir, una mano aplastó el pañuelo contra su boca y su nariz, mientras los otros dos individuos le sujetaban férreamente.

Sin querer, aspiró profundamente y... le llegó un intenso vahído. Iba a perder la consciencia de un momento a otro. Quiso protestar, oponer alguna resistencia a dejarse avasallar, pero sus rodillas se doblaron y todo su, cuerpo se abatió, inerte. Oyó la conversación de aquellos individuos cuyas voces se alejaban pausadamente. Luego ya no pudo percibir nada: había perdido el conocimiento.

* * *

—¿Nada más? —indagó el doctor Harper, que había tomado unas notas sobre el sueño de Ralph Diamanti.

—La pesadilla se interrumpió. Sawyer me había despertado bruscamente y me obligaba a ponerme de espaldas para inyectarme. Poco después volví a dormirme, pero ya no pude soñar más —respondió el condenado.

Harper se incorporó y guardó el bloc en su maletín. Volvió al lecho de Ralph y le miró, abstraído.

—¿Dónde está la cicatriz de su cráneo, Ralph? —preguntó de improviso. El preso alzó su mirada, confuso.

—¿Cicatriz? —preguntó.

Era la primera prueba a que Harper le sometía.

—El informe decía literalmente: «la herida abierta en su cráneo empapaba de sangre sus negros cabellos...» —recordó Harper para sí. Diamanti debía haberse llevado la mano a la cicatriz de su cráneo, instintivamente, pero no había sido así.

Entonces se acercó y dijo:

—¿Me permite, Ralph? Me gustaría examinar su cabeza.

—Sí, doctor —se plegó el recluso con su característica

amabilidad—. ¿Así? —E inclinó el torso hacia adelante.

Harper apartó sus cabellos y buscó la cicatriz, pacientemente. Los cabellos de Diamanti eran muy espesos y le llevó varios minutos cerciorarse de que... en aquel cráneo no había ninguna cicatriz.

Y entonces sus sospechas se afianzaron.

«Estaba casi seguro de que aquel hombre no era Ralph Diamanti». Era una locura, lo sabía.

¿Quién hubiera ocupado voluntariamente el lugar de un hombre condenado a muerte, cuyo destino estaba pendiente de la decisión del presidente de la nación?

—Nadie —se respondió a sí mismo el médico—. Excepto que... Pero, no, no. ¡Era un pensamiento descabellado!

A pesar de ello, Bill Harper se propuso realizar algunas discretas indagaciones.

Preocupado por la suerte del recluso que tenía a su custodia, permaneció durante todo el día en la prisión... A las ocho, justo en el momento en que Dan Sawyer volvía a hacerse cargo del servicio, decidió marcharse.

Le recomendó a su ayudante que obedeciera estrictamente sus indicaciones y abandonó la prisión. Fuera, se le acercó el vigilante del aparcamiento afecto a la prisión.

—Buenas noches, doctor Harper.

—¡Ah, buenas noches, Parks! —respondió—. Abríguese. Hace mala noche.

—Eso iba a decirle —comentó Parks—. Por cierto, doctor: debería cambiar ya los neumáticos de su coche. Están casi gastados y eso es peligroso. Se acerca el invierno. Lloverá y helará. Ya sabe...

Harper dirigió una ojeada a las ruedas del «Buick».

—¡Diablos, tiene razón! ¿Cómo es posible? Los cambié el mes pasado, cuando cayeron las primeras lluvias. Nunca creí...

—Hágame caso. Vale más gastar un puñado de dólares en neumáticos nuevos, que sufrir un accidente. Buenas noches, doctor Harper.

—Buenas noches, Parks.

Puso el motor en marcha y arrancó. Mientras conducía carretera adelante, con dirección a Stone Bay, pensó en los neumáticos. ¿Cómo era posible que en poco más de un mes se hubieran desgastado tanto...? Desde luego, no había dedicado mucha

atención a su automóvil, siempre tan atareado con los problemas de la prisión, pero...

Puso la luz larga y se concentró en la conducción. Chispeaba. Pero pronto la lluvia arreció y se transformó en violento chaparrón.

Habría recorrido unos siete kilómetros y descendía hacia el puente sobre el Chilliagawa River, cuando el automóvil comenzó a comportarse de forma extraña. La dirección apenas obedecía y el coche daba furiosos bandazos de extremo a extremo de la ancha carretera.

Súbitamente se aproximó al puente. Descendía a noventa kilómetros por hora cuándo comenzó a frenar. El automóvil redujo su marcha, pero prosiguió, impertérrito, hacia la ribera del Chilliagawa.

Harper adivinó lo que iba a suceder y no pudo evitar un alarido de espanto. El «Buick» golpeó de refilón contra la balaustrada izquierda del puente, saltó en el aire describiendo un violento «tirabuzón» y rebotó pesadamente sobre las rocas que erizaban la orilla del río. Finalmente se inmovilizó entre dos erizados peñascos, completamente destrozado. Sin embargo, uno de sus faros lucía aún. A la luz amarillenta, se vio brotar el vapor blanquecino del radiador del coche siniestrado.

Un minuto después, otro automóvil apareció en lo alto de las colinas y descendió a gran velocidad la pendiente, abandonó la carretera y rodó a campo través por la elevada margen del Chilliagawa. River...

—¡Apaga los faros! —Gruñó alguien dentro del vehículo—. No quiero que nos vean.

Tres hombres se apearon del automóvil y comenzaron el descenso a través del roquedal. Llevaban linternas que enfocaban al suelo para disminuir los halos luminosos.

—Está muerto —dijo uno de ellos, sacando la cabeza del automóvil del doctor Harper—. Tiene el cuello roto.

—Dame su maletín. ¡Y no se te ocurra tocar nada! ¿Te has puesto los guantes?

—Desde luego, Burt. ¿Crees que soy estúpido?

—Tú, Glen, rompe ese maldito faro.

—¿Cómo?

—¡Pedazo de idiota! ¡Coge una piedra y destrózalo!

Se oyó un crujido y el tintineo de unos cristales. El único faro indemne del «Buick» se apagó.

—Aquí está el maletín.

Unas manos enguantadas lo abrieron y registraron su contenido.

—Esto parece interesante —los dedos sostuvieron el bloc del doctor Harper y la copia del expediente de Ralph Diamanti, en cuyas hojas habían hecho el médico algunas anotaciones—. Devuelve el maletín a su sitio. Y tú, Glen, ¿qué esperas para cambiar los tornillos de la dirección? Con el coche volcado, sólo te llevará unos minutos.

Unos gruesos dedos extrajeron un tornillo roto, lo reemplazaron por otro nuevo y lo atornillaron con una llave fija. Después impregnaron el metal con un ácido rápido para que el tornillo se oxidara rápidamente.

—¿Listo?

—¡Vámonos!

Los tres hombres escalaron la abrupta pendiente y volvieron al coche. Poco después se alejaban a gran velocidad.

* * *

El cadáver del doctor, William Harper fue descubierto a la mañana siguiente.

Tras la investigación correspondiente, la encuesta admitió que la muerte del médico se había producido en un accidental casual. Para ellos fue decisivo el testimonio de Ed Parks, vigilante del aparcamiento de la prisión.

—Yo se lo advertí, la noche anterior. Los neumáticos de su coche estaban completamente desgastados. Y en una noche lluviosa, ya se sabe... ¡tenía que ocurrir!

El cadáver del infortunado Bill Harper fue sepultado en el cementerio de Stone Bay. Además de su viuda y de su hijo, Bob, estuvieron presentes en el sepelio numerosos amigos, entre los que se contaban el director de la prisión, Jack Hagerty, y algunos funcionarios de la misma.

Cuando Hagerty volvió a la penitenciaría, lo primero que hizo fue pedir a su secretario que escribiese una comunicación urgente al Departamento de Prisiones solicitando un nuevo médico para cubrir

la baja del doctor Harper. Entretanto, un médico de Stone Bay se hizo provisionalmente, cargo de la sanidad de la penitenciaría.

Tres días más tarde llegó el nuevo médico. Se trataba del doctor Peter Lovelock, un hombre alto, delgado y hermético. Casi calvo y de facciones cetrinas y austeras, Lovelock en nada se parecía al difunto Bill Harper.

Al día siguiente, el doctor Lovelock examinó a los enfermos del hospital penitenciario. Cuando penetró en la habitación de Ralph Diamanti, el ayudante Sawyer, que le acompañaba, le informó, obsequioso:

—Es Diamanti, ya sabe. Pilló una pulmonía, pero ya está fuera de peligro. El fallecido doctor Harper se disponía a darle de alta.

Lovelock dirigió al recluso una mirada insistente, y fría.

—Muy bien —dijo—. Pase aviso al director. Dígale que los vigilantes pueden llevarse a este hombre.

Ralph dejó caer la cabeza sobre el pecho. Acababa de recibir la noticia de la muerte del doctor Harper y ello le causaba un intenso desconsuelo.

Sabía que a partir de entonces no contaría ya con la simpatía y el aliento de un hombre tan comprensivo y sensible como Bill Harper.

En consecuencia, sus esperanzas se desmoronaron.

CAPÍTULO VI

—¿Está ahí, Fabbri? —susurró Ralph.

Escuchó atentamente, pero no obtuvo respuesta.

Del techo provenía un acompasado runrún que hacía vibrar tenuemente su celda. —¡Fabbri!— llamó en voz alta.

Un camastro rechinó, próximo.

—¡Ah, señor Diamanti! ¡Al fin le trajeron...! ¿Qué tal lo pasó allá arriba? Seguro que ha engordado... —se burló el siciliano.

—No crea que lo he pasado tan bien —contestó Diamanti. Suspiró profundamente y aproximó su rostro a la reja—. Dígame, Leonardo, ¿qué es ese ruido que hace vibrar las rejas?

—¡Ah, eso! Es el camión de propano, que descarga combustible encima de nosotros. Arriba hay un patio de servicios, ¿sabe? El camión viene una vez por mes. Utilizan propano para la calefacción y para las cocinas.

—Ya —musitó Ralph.

Por el corredor se deslizaban las volutas del cigarrillo que, sin duda, estaba fumando Leonardo Fabbri. Al aspirar el humo, Ralph, tosió secamente.

—¿Quiere un cigarrillo? —preguntó su interlocutor—. Puedo enviárselo rodando por el suelo. Con suerte, conseguirá atraparlo. Espere: meteré dentro del cigarrillo un par de fósforos. No se olvide de tirar la colilla al retrete.

—No se moleste —rehusó Diamanti—. No podría fumar... después de la pulmonía. Sin embargo, puede estar seguro de que le agradezco mucho este rasgo.

Fabbri murmuró una imprecación entre dientes.

—Señor Diamanti, no parece usted...

—No me llame señor Diamanti —suplicó Ralph.

—De acuerdo: le llamaré Ralph. Tiene usted razón, dentro de poco los dos seremos iguales.

—¿Qué quiere decir? —La intensidad vibraba en las palabras de Diamanti.

—Nada, no me haga mucho caso. A veces empiezo a desvariar. Es normal: llevo más de cuatro años en el talego.

—Creo que antes se disponía a decirme algo.

—Sí, le decía que no parece usted el mismo Ralph Diamanti que conocí hace tiempo. No tome en cuenta mis palabras, pero la verdad es que antes era un hombre bastante desagradable. Hablaba un inglés detestable, salpicado de tacos italianos, era engreído, grosero y brutal. Ahora, en cambio...

—Siga.

—Pues que me agrada más. Me parece un hombre sencillo, educado y amable. ¿Cómo lo consiguió?

¿Asistió a alguna academia, tomó clases de algún aristócrata?

Ralph se concentró en recordar. Finalmente se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Soy así y basta. Por cierto, quería hacerle otra pregunta —calló. En la distancia resonó un fuerte golpe metálico, pero después todo quedó tranquilo.

—Hágala —le animó su más próximo compañero de celda.

—Leonardo, ¿qué hacemos aquí? .

Fabbri no respondió inmediatamente. Luego dejó escapar una brutal carcajada.

—¿Cómo, que no sabe lo que hacemos aquí? ¡Ésta es la galería de los condenados a muerte, amigo mío! —declaró, impaciente. Ralph palideció.

—¿Quiere decir que yo... estoy condenado a muerte? —insistió.

—Pero, vamos, amigo mío, ¡no se haga de nuevas! Supongo que no imaginaría que le iban a enviar de vacaciones, después de «despachar» a la familia Breeman al completo —chilló Fabbri, irritado—. ¿O es que quiere bromear?

—¡No, no, se lo juro! Sólo que... —calló de repente y se encogió en un silencio hermético y angustioso. Al cabo de unos minutos, su vecino le dirigió la palabra de nuevo.

—¡Ea, déjese de preocupaciones! Al fin y al cabo, le van a dar lo mismo. Coma, beba, duerma y fume... hasta que llegue la hora de

desfilan hacia el «octógono».

—¿El «octógono»?

—La cámara, amigo, tiene ocho caras. Dicen que no se pasa mal allí dentro. Claro que ninguno de los que nos precedieron volvió para darnos su opinión personal —su propia gracia hizo reír con gran júbilo a Fabbri—. Si se quiere terminar pronto, hay que estar relajado e inspirar rápidamente el gas letal. Aseguran que no se sufre nada. Pero ¡maldita sea, me gustaría conocer al «julai» que es capaz de mantenerse relajado cuando sabe que en un momento la va a diñar!

Ralph no comprendía muy bien algunos términos del argot de Fabbri, pero no había que esforzarse demasiado para «leer entre líneas».

También Ralph tenía algunas nociones de la cámara de gas. Había leído algunos reportajes referidos a la pena de muerte y a las diferentes formas de ejecutar la sentencia. También había visto, muchos, años atrás, cuando apenas era un adolescente, aquella angustiada película protagonizada por Susan Hayward y que tan mal sabor de boca le había dejado: «QUIERO VIVIR».

La mecánica de la sentencia suponía un breve acto muy sencillo: el reo era encerrado en aquella cámara octogonal, después de hacerle sentarse sobre un sillón e inmovilizar sus brazos y piernas. Una vez cerrada herméticamente la cabina, varias bolas de cianuro caían en el baño de ácido situado bajo el asiento del condenado. La reacción formaba un gas letal que producía la muerte del reo en pocos minutos. Cuanto más profundamente se aspiraba el fluido venenoso, tanto más rápidamente sobrevenía la muerte.

Pensando en todo ello, un escalofrío obligó a Ralph a estremecerse.

—Hace unos cuantos años —dijo Fabbri—, usted y yo nos habríamos salvado, Ralph. Entonces corrían vientos progresistas en este Estado... Pero ahora... han vuelto a reinstaurar la pena de muerte. No creo que ninguno de los dos podamos abrigar muchas esperanzas. Hasta ahora, Jim Thomas, mi abogado, ha conseguido retrasar la ejecución con triquiñuelas, pero la sentencia está ya madura. Cualquier día de éstos...

—¿Por qué van a matarle, Leonardo? —preguntó Ralph, interesado a su pesar.

—¿No se lo conté ya? —exclamó Fabbri—. Estrangulé a Ettore y Amedeo Dargenti, dos tipos que se dedicaban a la usura. No sólo eran prestamistas, también colaboraban con la policía. Me denunciaron, dijeron que yo compraba objetos robados. Y era cierto. Ellos mismos se quedaron por cuatro cuartos con varias pulseras de oro y otras chucherías. Pues bien: una noche me presenté en el domicilio de los Dargenti, cerré la puerta y los sorprendí cuando estaban contando sus tesoros cerca de la caja de caudales...

Fabbri resolló con fuerza.

—Sorprendí a Amedeo y le rompí el cuello con mis manos. A Ettore lo estrangulé lentamente. ¡El muy puerco me manchó las manos de baba...! —A tres metros de distancia, Ralph Diamanti tragó saliva; angustiado—. Cometí un error tremendo: vi un montón de billetes y unas joyas valiosas... Me llevé setenta mil dólares y algunas alhajas. Un valor de doscientos mil dólares en total. ¡Nunca debí tocarlos! Fue eso lo que provocó mi condena a muerte. Sin el robo hubiera escapado con una condena a cadena perpetua.

Hizo una pausa, sorbió groseramente y agregó:

—Aunque no sé qué será peor... Si pudirme lentamente en la cárcel o... terminar de una puñetera vez en la cámara de gas.

Fabbri calló. No parecía de humor para seguir charlando. Al cabo, sin embargo, Ralph le interesó:

—¿Y de mí, Leonardo? ¿Qué sabe usted de mi situación actual? Fabbri barbotó una maldición en siciliano.

—Pero, bueno, ¿otra vez? Está bien, si quiere que le baile el agua... Ya sabe que está condenado a muerte, pero sus abogados han recurrido al Supremo. No sé, no sé... Las cosas están muy mal en su caso. Pero al fin y al cabo, usted es un hombre rico y poderoso. Puede permitirse pagar diez mil dólares mensuales, más gastos, a sus abogados. ¿Para qué engañarnos? ¡Podría producirse el milagro! Usted controla muchos intereses y está en posesión de muchos secretos sobre importantes personajes, qué le voy a decir —cambió de tono y dijo, más animado—: Vamos, hombre, no se amilane. Aquí me tiene a mí, con pocas esperanzas, pero sin permitirme el menor desmayo. Además... ¿es posible que obtenga la conmutación por la condena a cadena perpetua!

—¿Usted cree? —preguntó Diamanti, indiferente, como si

aquella dramática situación no guardase relación alguna con él.

—¿Por qué no? Oiga. —Fabbri adoptó un tono insinuante, bajó la voz—. Si logra la conmutación no se olvide de mí, Ralph. Sus hombres podrían... —Su voz se convirtió en un siseo— podrían echarme una mano. Ya sabe: organizar mi fuga.

—No sé —respondió Ralph, confuso.

—¿Cómo que, no? Si logra escapar de la cámara, no habrá nada imposible para usted. Conseguirá que le trasladen a una prisión más cómoda y vivirá como un raja. No se olvide de mí, entonces.

—Está bien —asintió Ralph, por decir algo—. Le tendré en cuenta. Pero ¿quiénes son esos amigos míos de los que usted habló antes?

—¡Corpo del diavolo! —Se impacientó Fabbri—. ¿Es que no le dicen nada nombres como Delaney, Wilcox, Darena, McMinn, Goldman...? Son personajes poderosos de la Banca, del comercio, la industria y la política. Poseen intereses en Nueva York, Chicago, Denver, Dallas, Milwaukee, Detroit, Boston, Baltimore... Si sus amigos presionan en Washington, obtendrá, como último recurso, el indulto del presidente.

Ralph se esforzó en retener aquellos datos en su mente. Cuando Fabbri calló, aburrido, los repitió una y otra vez: Denaley, Wilcox, Darena, McMinn, Goldman... Delaney, Wilcox, Darena, McMinn, Goldman. Y así hasta estar seguro de que podría repetir aquellos cinco nombres de memoria.

¿Seguro?

Entonces... ¿por qué no podía recordar a los Breeman ni los sucesos que acontecieron después? En realidad, era ahora, por primera vez cuando se sentía lúcido y de pronto, se le ocurrió aquella idea:

Me han estado drogando para que no pudiera recordar. Pero ¿qué debo recordar?

Se propuso no permitir que le pusieran una inyección más. Pero entonces cayó en la cuenta de que también podían dragarle mediante el rancho, incluso el pan.

¿Iba a poder resistir sin tomar alimentos? Permanecer en ayunas era la única solución para evitar que le drogasen, pero también suponía un primer paso hacia la muerte.

CAPÍTULO VII

Frank Gordon penetró a las once de la noche en el club Black and White. Tomó un combinado en la barra, bromeó con una de las chicas

top-Less

que atendían a los clientes y fumó un par de cigarrillos.

De cuando en cuando, dirigía una fugaz ojeada a las cabinas del fondo, veladas por cortinas de terciopelo rojo.

A las once y media, un caballero con gafas, sombrero y gabán penetró en una de las cabinas. Gordon tomó su vaso, rodeó las mesas, simuló admirar una de las eróticas pinturas del tapizado muro y, advirtiéndole que nadie reparaba en él, empujó las cortinas y penetró en la cabina ocupada por el caballero de las gafas oscuras.

—Siéntate, Frank —le invitó aquel individuo.

Cuando Gordon se sentó frente a él en el muelle diván, el caballero puso un abultado sobre en la mesita, que Frank se apresuró a coger.

Le echó una rápida ojeada al contenido del sobre y miró a su interlocutor con desconfianza.

—¿Diez mil? ¿Por qué? Hasta ahora he estado percibiendo mil a la semana —dijo.

—Precisamente. Y seguirás recibiendo la misma cantidad hasta el fin de tus días. Hecho que deseo se produzca dentro de largos años. Los diez mil son una compensación extra a cambio de un trabajo especial.

—¿Qué trabajo?

—Tienes que librarnos de Diamanti —pronunció el otro, con el mismo tono con que se encarga una reserva en un hotel.

Frank se irguió, rígido.

—Ah, no, esto es demasiado. ¡Cargarme a ese pobre estúpido! No, no lo haré. Ya me he pringado bastante en este sucio asunto —protestó, asustado.

—Y te pringarás definitivamente si no llevas a cabo el encargo. Tenemos pruebas abundantes contra ti y las usaremos sin dudar si rehúsas. Pero además... tenemos otros procedimientos mucho más drásticos y eficaces. Recuerda al doctor Harper.

—Pero ¡maldita sea, Carlin, yo no puedo!

—No vuelvas a pronunciar mi nombre o... te romperé la boca de un culatazo —advirtió Carlin, iracundo—. Está bien, devuélveme el dinero.

Gordon palideció. Era un hombre muy alto y robusto, pero el delgado Carlin le dominaba a su capricho.

—¡Espera! —vaciló—. Si no hay más remedio, lo haré.

—Muy sensato por tu parte. Además... hemos pensado en tu seguridad. —Carlin puso un pequeño frasco sobre la mesa—. Sólo tienes que poner tres gotas de este producto en el rancho del preso. Cada día aumentarás una gota, hasta...

—Pero...

—¡Pon atención! Si hemos decidido eliminar a Diamanti es porque no hay otra solución. Vuestro tratamiento no surte el efecto deseado en Diamanti.

—Sawyer...

—¡Te advertí que no pronunciases nombres! Limitate a cumplir mis instrucciones. En pocos días, el corazón de Ralph Diamanti se resentirá paulatinamente. Procura que acuda al médico a los primeros síntomas. Es muy importante.

—Pero el doctor Lovelock podría descubrir que estamos envenenando a ese hombre —se alarmó el funcionario de prisiones.

Carlin dejó escapar una risita irónica.

—¡Qué sabes tú!

—¡Le habéis comprado también! —se admiró Gordon.

—No he dicho tal cosa —pero Gordon comprendió que había dado en el clavo. El doctor Lovelock no se pringaría en aquel asunto: se limitaría a certificar la muerte por paro cardíaco de Ralph Diamanti.

—No te olvides, cada día una gota más a partir de tres. No alteres la dosis. Todo irá bien —aseguró Carlin—. Y ahora, espera

aquí hasta que yo haya salido.

Gordon hubiera querido detenerlo, pero cuando quiso reaccionar Carlin había desaparecido.

Tembloroso, guardó el abultado sobre en el bolsillo interior de su chaqueta. Probó el último trago de su combinado: sabía demasiado amargo y estaba asquerosamente caliente.

* * *

Sus augurios habían resultado certeros. Cuando llegaron las siete de la tarde, no fue Guido Vítale, el preso-ordenanza, quien le trajo un plato de rancho y el panecillo, sino Frank Gordon, el odioso vigilante.

Sin embargo, algo había mejorado: el trato. Gordon. Se había olvidado de sus brutales modos y se mostraba ahora más amigable, incluso solícito.

Cuando la reja automática se descorrió, el vigilante sonrió. Con todo cuidado, puso en manos del recluso el abundante plato de comida y el panecillo.

—Vamos, Diamanti, come. He dicho al ordenanza que te pusiera ración doble. No queremos que nuestros clientes tengan ese macilento aspecto que tú muestras —dijo, bromista.

Pero Ralph demostró tanta torpeza al tomar el plato de humeante y olorosa comida, que la mitad cayó al suelo.

Gordon movió la cabeza, comprensivo.

—¡No importa, no importa, luego lo recogerás! —exclamó, amable—. Cómetelo. Te traeré otro plato más. Y alguna fruta. No entra en el menú, es mía ¿sabes?

Ralph no se sentía aturdido ni débil, pero cuando caminó con indecisión hasta el fondo de la celda, arrastraba los pies y nuevamente el plato se balanceó y derramó parte de su contenido.

Contra lo que hubiera sido de esperar, el vigilante no le apostrofó. Por el contrario, apenas podía disimular su satisfacción al comprobar la ineptitud del preso.

Ralph se sentó sobre el borde del camastro, dejó el plato en el suelo y mordisqueó un pico del panecillo. Gordon seguía en la puerta, vigilándole, sin perder uno solo de sus movimientos.

—¡Vamos! ¿Qué esperas para comer? ¿Es qué la comida no es lo

suficientemente buena para ti?. —Un trémolo de ira vibraba en la voz del vigilante.

¿Qué podía hacer Ralph? Si se negaba a comer, Gordon le metería la comida a la fuerza por la boca. Y algo peor: el funcionario sospecharía que Diamanti estaba al tanto del complot que se tramaba contra él.

Tomó el plato y la cuchara de plástico y comenzó a comer groseramente, sin masticar. En pocos minutos había dado cuenta del plato.

—¿Quieres más? —preguntó el vigilante con hipócrita solicitud.

Ralph denegó con un gesto torpe. Gordon hizo un signo con la mano y desde la cabina Ellendale accionó el botón correspondiente a la celda de Diamanti, que se cerró en seguida.

Angustiado, Ralph contó los pasos del vigilante hacia la distante cancela... «¡Treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro!».

Los había contado ya multitud de veces: Gordon necesitaba dar cuarenta y cuatro pasos para llegar al rastrillo que cerraba la galería.

«¡Treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta...!», contó mentalmente el condenado a muerte.

Corrió al lavabo, abrió el grifo y comenzó a tragar agua hasta que perdió la respiración. Seguidamente, se inclinó sobre el retrete, introdujo tres dedos en su garganta y las náuseas le obligaron a vomitar.

Volvió a beber agua. Quizá un litro y medio. Y tornó a repetir la misma operación. Era asquerosa, pero vitalmente necesario.

Al fin, respiró tranquilo. Estaba seguro de que en su estómago no quedaba una mínima porción de la comida que acababa de ingerir.

Miró el panecillo con ansia y con pena. A pesar de lo cual, lo desmenuzó en pequeñas migas que arrojó al retrete. Luego oprimió el botón de descarga de la oculta cisterna y el agua lo arrastró todo a través de las alcantarillas.

Reflexionó. ¿Podía tener, razonablemente, alguna duda de que trataban de asesinarle?

—Ninguna —se respondió—. Bastaría observar la insistencia de Gordon para comprobar que se proponen atentar contra mí.

Pero ¿por qué causas? Si era un condenado a muerte, ¿no era

ésta suficiente desgracia?

Desde luego, no podría aguantar muchos días sin ingerir alimento. A cada día transcurrido iría sintiéndose más y más débil.

—No importa —murmuró, tozudo—. Prefiero ser dueño de mis sentidos y de mi voluntad. De repente, su rostro se animó.

¡Fabbri! ¿No había dicho el siciliano que se sentía agradecido a Ralph Diamanti? Al parecer, el ordenanza le surtía de alimentos suficientes a cambio de dinero o cigarrillos.

Tendría que recurrir a él. Todo antes que esperar una oscura muerte por envenenamiento en una ignorada celda del sótano de la penitenciaría.

* * *

La señora Stevens se inclinó, suplicante, sobre su hija.

—Esto no puede seguir así, Francey —rogó—. Desde que desapreció Blaine no haces más que llorar y suspirar. Te encierras en tu habitación, apenas comes, no sales, ni siquiera te ocupas de tus niños como antes.

La bella muchacha rubia no respondió. Carecía concentrada en sus íntimos pensamientos. Al parecer, todo lo demás se esfumaba en una bruma densa e infranqueable.

—Tú conocías bien a Blaine. Era un joven inquieto, eternamente insatisfecho. Tú y yo le oímos decir en más de una ocasión que algún día se alejaría de Miles City. Debió aburrirse de esta ciudad, quizá recibió una oferta de un centro de enseñanza más importante —declaró Faye Stevens, compungida—. En cualquier caso, no demostró gran interés por ti. Pero tú no puedes estar suspirando por él toda la vida. Hace más de un mes que se marchó sin dejar un simple aviso, una nota, como hubiera sido lo correcto.

¡No puedes seguir obsesionada, hijita!

Francey se volvió y le dirigió una mirada desvaída, lejana.

—Blaine no se marchó por su voluntad —dijo con voz pausada—. Yo le conocía bien. Era un hombre bueno, paciente, valeroso y delicado. ¡Tan viril a pesar de su delicadeza,...! Yo lo sé muy bien, mamá. A pesar de sus constantes proyectos, él jamás se hubiera marchado así. Yo sé que me amaba.

La señora Stevens oprimió cariñosamente los hombros de su

hija.

—Vuelves a obsesionarte, Francey —le reprochó, afectuosa—. También tú pudiste equivocarte. Viste amor donde sólo existía camaradería, simpatía. Te concedo que Blaine Prentice era un hombre muy atractivo y agradable, demasiado quizá para una joven tan inexperta como tú. Pero debes desengañarte, querida. No te quería como tú pretendes. Si se hubiera enamorado de ti, de ninguna forma se hubiera marchado como lo hizo.

—¡Pero es que Blaine no se marchó por su voluntad! —repitió Francey, tenaz—. ¿No lo recuerdas? Dejó abierta la puerta de su clase. Los ejercicios de examen de sus alumnos estaban regados por el suelo...

—Eso tiene fácil explicación, hijita —se apresuró a decir la señora Stevens—. Se olvidó de cerrar la puerta... ¿a quién no le ha ocurrido esto alguna vez? El viento sopló fuerte y desparramó los folios que tenía sobre la mesa.

—¡No, no, no! Su bicicleta estaba en la caseta del jardinero. Quizá te parezca tonto, pero Blaine le tenía un especial cariño a esa bicicleta. La anterior Navidad se la regalaron sus niños, que en secreto reunieron algún dinero y sumaron la cantidad necesaria para comprarla en los almacenes Adley. Blaine me dijo en una ocasión que jamás olvidaría aquel rasgo y que conservaría la bicicleta aunque se cayera de puro vieja. Y era cierto: la cuidaba con esmero, se diría que la mimaba. Jamás la olvidó. Por el contrario, le adaptó pilotos, placas reflectantes, un espejo retrovisor, una banderita... El hecho de que dejase su bicicleta en la caseta del jardinero, es precisamente mi principal argumento para sospechar que a Blaine le ha ocurrido algo desagradable.

Su madre se desesperó.

—¿Qué podemos hacer? Tu padre ha llevado a cabo un centenar de llamadas telefónicas, multitud de gestiones personales, cartas... Todo para conseguir averiguar el paradero de Blaine. Sin el menor resultado.

—Y todo eso sirve para reforzar mi opinión de que a Blaine le ha ocurrido algo anormal —la interrumpió Francey, veloz—. Si hubiera tenido que ausentarse por unos días, si una causa normal le hubiera alejado de Miles City por unas horas, nosotros le habiéríamos situado, encontrado. Pero no ha sido así —terminó la joven,

desesperada.

* * *

—¡Ralph Diamanti! —resonó la voz, potente, en la galería.

El grito, destemplado, le impulsó a incorporarse de un brinco. Pero no lo hizo. Ralph comenzaba a educar sus reflejos y sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Aguardó a que el grito se repitiera. Y luego, se movió un poco, dejó escapar un murmullo ininteligible, y se incorporó despacio, simulando un gran esfuerzo.

Abrió los párpados sin prisas. En la puerta, por fortuna, no estaba Frank Gordon. Era otro funcionario penitenciario, uno llamado Wing.

—Salga —le ordenó el vigilante—. Su abogado le espera.

Se sentó en el borde del camastro y se despezó. Luego se rascó con desesperante lentitud los rizados y crespos cabellos negros. El vigilante comenzó a impacientarse.

—¡Le he dicho que salga! Arrastró los pies hacia la puerta.

Al parecer las medidas de seguridad eran severísimas: cuatro guardias armados de metralletas vigilaban el pasillo.

Wing le esposó. En el rastrillo aguardaba el jefe de servicios Calhagam, que asistía a la escena con expresión inescrutable.

—¡Camine! —le dijeron.

Avanzó con torpeza y los guardias le escoltaron, sin perderle de vista.

—¡Más aprisa!

Pero no aumentó el ritmo de sus pasos; por el contrario, gradualmente se fue retrasando. Hasta que Wing le impulso por la espalda. Sin rudeza, pero suficiente energía.

Así, muy despacio, salieron de la galería de la muerte y ascendieron la escalera que conducía a la planta baja.

El rastrillo se cerró con un chasquido metálico a su espalda. Un pasillo, largo y ancho, con pequeñas ventanas enrejadas a la izquierda.

¿Por qué no recordaba nada de aquello? Lógicamente, si le habían llevado a la galería de los condenados a muerte a través de aquel camino —el único, por otra parte—, ¿no debería resultarle

familiar aquel largo corredor?

Calhagam empujó una puerta a la derecha y Wing le indicó:

—¡Entre!

Penetró en una habitación de discretas dimensiones. Al fondo había un enorme cristal irrompible. Detrás de él, iluminado por un tubo de neón,. Ralph vio a un hombre bien parecido, de cabellos bien cortados, facciones bronceadas, gafas de ejecutivo, que vestía un elegante gabán azul.

Wing le obligó a sentarse en una silla, frente a aquel desconocido.

—Levante este auricular y hable —le indicó el vigilante.

Diamanti se volvió, desorientado. Dos guardias armados habían ocupado los ángulos más alejados del locutorio y le vigilaban sin perderle de vista. El jefe Calhagam y el vigilante Wing permanecían a su espalda hieráticos.

Ralph tomó el auricular y se lo llevó al oído. El caballero que estaba al otro lado del grueso cristal hizo lo mismo.

—¿Quién es usted? —pronunció el preso—. No le conozco. Su visitante sonrió.

—Vamos, Ralph. El jefe Calhagam me ha hablado de algunas de tus genialidades. Por supuesto que me conoces: soy Herbert Merrill, tu abogado —plegó los labios en una sonrisa alentadora—. Puedes hablar con toda tranquilidad. Te he traído los documentos para la legación de fondos a la Fundación Lusk, según tú me pediste.

—¿Qué es lo que pedí, de qué se ocupa la Fundación Lusk? Merrill arqueó las finas cejas con un gesto de asombro.

—Amigo mío, tú creaste la Fundación Lusk, para la protección de minusválidos. Insististe en que ...—Merrill carraspeó— por si ocurría lo peor, querías dejar legalmente zanjada esta cuestión. Si ocurre lo irremediable, todo tu dinero irá a parar a la Fundación. Es el más noble gesto que he podido admirar en mi vida.

—No firmaré nada —se agitó Diamanti, tenso—. Esperaba que mi abogado me diera cuenta de su gestión en mi favor, no de una donación a esa Fundación Lusk.

Impávido, Herbert Merrill sacó de su lujoso portafolios unos documentos que tendió a un funcionario, el cual se marchó con ellos por una puerta del fondo.

—Hablaemos de tu situación en cuanto tenga esos documentos

firmados en mi poder-especificó el abogado.

Ralph se frotó violentamente los cabellos con un ademán nervioso, descontrolado. Adrede, permitió que su baba resbalara por la comisura de los labios.

Merrill le observaba fría y fijamente, sin perderse uno solo de sus movimientos.

—¡Al diablo! —chilló Diamanti. Y se puso bruscamente en pie—. ¡Al diablo con todo! ¡Vete al infierno, Herbert Merrill!

Wing le obligó a volver a su asiento. Mientras presionaba brutalmente el cuello del preso, tomó el auricular que estaba colgando de su cable y se disculpó servilmente:

—Discúlpele, señor Merrill. Últimamente el señor Diamanti no parece muy dueño de sus actos.

Un funcionario llegó con los documentos y los dejó sobre el tablero. Alguien tendió a Ralph un bello bolígrafo de plata.

—Firma, Ralph —le llegó la voz del abogado a través del auricular—. Tuviste un bello gesto al crear la Fundación Lusk. Refréndalo ahora con tu firma. Wing le puso el bolígrafo en las manos.

De repente, en una brusca mutación, Ralph tomó el bolígrafo y estampó su firma. Cuidadosamente escribió con su bella letra caligráfica: Blaine Prentice.

—¡Pero...! —exclamó el vigilante Wing.

—Déjenlo —se apresuró, a intervenir Herbert Merrill—. ¿Por qué finges, Ralph? ¿Qué significa ese nombre? ¡Tú sabes que no es el tuyo!

Pero Ralph no le escuchaba. Él se sentía tan asombrado como las personas que le contemplaban. Blaine Prentice, había escrito fluidamente.

¿Quién era Blaine Prentice? ¿No le habían tratado de convencer de que él era Ralph Diamanti? ¿Por qué ahora, su mano, voluntariamente, había escrito un nombre tan diferente?

—Devuélvanme esos documentos, por favor —pidió Merrill a Calhagam con forzada amabilidad—. Volveré cuando el señor Diamanti haya recobrado un poco de su buen juicio.

Ralph alzó la cabeza cuando el abogado devolvió a su portafolios los folios mecanografiados. Merrill entornó los párpados. Disimulaba a duras penas su ira, era notorio.

—Lamento no poderte traer mejores noticias, querido Ralph —comenzó a hablar con lentitud—. Los esfuerzos de mi equipo de abogados para conseguir una revisión de tu sentencia en el Supremo han resultado inútiles. Pero no debes desfallecer. He elevado una petición de clemencia al presidente de los Estados Unidos. He procurado tantear nuestras posibilidades, me he comunicado con amigos de Washington. No voy a mentirme: las noticias no son positivas. Al parecer, el presidente no se atreve a desafiar la opinión pública, excitada en las últimas semanas por la presión de la prensa, la radio y la televisión. A pesar de todo, querido Ralph, no deberemos perder la esperanza. En el último momento, ¡la Providencia nos ayude!, puede producirse el milagro.

Se alzó elegantemente de su asiento, comprobó que su indumentaria estaba en orden, tomó nuevamente el auricular y dijo solemne:

—Buena suerte, amigo mío. Volveré en cuanto tenga noticias para ti. Wing tomó a Ralph por el hombro y le obligó a ponerse en pie.

Le hicieron volver a su celda de la galería de la muerte.

—Blaine Prentice... Prentice —repitió en voz alta el preso en cuanto se quedó solo.

¿Por qué le resultaba familiar aquel nombre, qué extraño instinto le había impulsado a escribirlo?

—¡Eh, Ralph! —Le llegó la voz de Leo Fabbri—. ¿Cómo ha ido eso? ¿Qué le ha dicho su abogado? ¿Hay esperanzas?

¿Qué debía responder? Su estómago vacío le impulsó a mentir.

—¡Espléndido, amigo mío! —respondió con falso entusiasmo—. Merrill me ha asegurado que el presidente firmará la conmutación a cadena perpetua. Por supuesto, será fácil, dentro de unos meses, el traslado a otra prisión. Quizá... —Bajó la voz— incluso la fuga. Podría hacerme la cirugía estética, una vez libre. Y algún tiempo más tarde, comenzaría una nueva vida, como el Ave Fénix resurgida de sus cenizas. Quizá escoja Australia. O tal vez Europa, tengo que pensarlo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Fabbri, notoriamente excitado—. No sabe cuánto lo celebro, amigo mío. Supongo que ahora, que ha logrado esquivar la cámara, no se olvidará de mí.

—Ralph Diamanti sólo tiene una palabra, Leo. Tengo grandes

proyectos para usted también. Lo primero que he hecho ha sido encargar a Herbert Merrill, mi abogado, que se informe acerca de su caso. Dice... dice que aconsejará a Jim Thomas para que presente una apelación por defecto de forma, lo que podría provocar un nuevo juicio. Y si éste se llegara a celebrar... Bueno, usted sabe cómo funciona el «sindicato»: no sería difícil asaltar el coche celular en que le trasladaban al Palacio de Justicia.

—¿Está seguro de que eso es posible? —susurró Fabbri, esperanzado.

—Es una posibilidad. Por lo demás, Herbert Merrill es un hombre muy hábil y conoce todos los trucos de la ley. Créame, Leo, no pienso olvidarle.

—Madonna, ¡si fuera verdad! —gimió su vecino de celda.

Ralph tragó saliva. ¿Era ético hacer concebir falsas esperanzas a un condenado a muerte...?

—Peor sería atormentarle con la realidad —se respondió.

Necesitaba la ayuda de Leo para sobrevivir. Cuando la vida de un hombre está en peligro inminente, ¿hay algún recurso que pueda considerarse amoral?

CAPÍTULO VIII

Le sacaron del furgón y le llevaron en volandas hasta la cabina del viejo garaje fuera de servicio. Sus pies arrastraban por el suelo y se mancharon en un charco de grasa negruzca.

Los hombres que le agarraban le introdujeron en la cabina y le dejaron caer sobre un colchón de muelles, despanzurrado.

Una ancha banda de cuero le ciñó el pecho. Luego inmovilizaron también sus brazos y sus piernas con anchas pulseras del mismo material.

Todavía bajo los efectos del cloroformo, el prisionero no hizo ningún movimiento para oponerse a sus agresores.

Respiró hondo, acompasadamente. Poco a poco fue recuperando la consciencia. Al abrir, los ojos, el foco que colgaba de lo alto le cegó. Parpadeó, pero al fin pudo ver a los tres individuos que le contemplaban con gran atención.

—Buenas noches, Ralph Diamanti —dijo uno de ellos, con burla.

—¡Oigan! Yo no me llamo Diamanti, me llamo...

—Ralph Diamanti —repitió su interlocutor, que se volvió hacia sus compañeros y preguntó—: ¿Cómo se llama este hombre?

—¡Vaya pregunta! ¡Es Ralph Diamanti, por supuesto!

—Ése es su nombre —respondió el de la izquierda. Y se acercó—. Así consta en su documento de identidad y en su pasaporte: Ralph Diamanti.

Extendió ante él los dos documentos y el hombre inmovilizado sobre el catre, irguió la cabeza y miró, con ansiedad.

Ralph Diamanti, de 28 años de edad, soltero, hijo de Damiano y Francesca, nacido en Nueva York el día...

¡Allí estaba su rostro!

—¡Es una burda falsedad! Yo soy... —comenzó a protestar.

Pero nadie le hizo caso. Los tres hombres acababan de abandonar la cabina. Desde el exterior llegó el chirrido de la puerta basculante y el petardeo del escape del automóvil que, sin duda, acababa de penetrar en el garaje.

Los pasos se aproximaron. Los tres individuos acompañaban a un cuarto hombre. Un individuo de unos cincuenta años, cabellos grises y rostro pálido, marfileño. Llevaba en la mano un maletín profesional. Parecía un médico.

El recién llegado le miró, con gran curiosidad. Y exclamó:

—Es increíble. Parece... Ralph Diamanti.

—Es Ralph Diamanti, doctor —afirmó uno de los individuos que le habían secuestrado.

El médico asintió. Dejó su maletín en una vieja mesa con quemaduras de cigarrillos y sacó un equipo de inyecciones. Alterada la respiración, agitado e inquieto, el prisionero vio cómo sacaba una ampolla de cristal, rompía su cuello, absorbía cuidadosamente la solución, adaptaba una aguja hipodérmica y se aproximaba a él

—Sujétenle bien la cabeza —indicó el médico—. Es preciso impedir que se mueva lo más mínimo. Forcejeó violentamente, asustado. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos: Los tres canallas le aferraron enérgicamente. Uno por los cabellos, el otro aplastó su cabeza contra el colchón destripado, el tercero le sujetó la mandíbula.

Notó el pinchazo en el cuello. La aguja tanteó y profundizó. El líquido penetró lentamente en su torrente sanguíneo.

Todo comenzó a girar locamente alrededor de él. Su cuerpo se encontraba en el centro de una bullente vorágine que le absorbía, le absorbía, le absorbía. De repente, su cerebro estalló en mil pedazos y la luz huyó.

Al cabo del tiempo comenzó a escuchar aquélla voz susurrante.

—Me llamo Ralph Diamanti, tengo 28 años, nací en. Nueva York, en Little Italia, soy soltero, mis padres son Damiano Diamanti y Francesca Groppa...

* * *

Dio un grito y despertó, bañado en sudor.

Se incorporó, dirigió una desorientada mirada a las húmedas

paredes de su celda, se palpó el pecho, los brazos, las piernas.

Luego corrió locamente a la reja, se aferró a ella, la empujó con todas sus fuerzas, aunque inútilmente, y gritó con un alarido salvaje:

—¡No soy Ralph Diamanti! ¡No he cometido ningún asesinato! ¡Soy... soy inocente! ¡Tienen que oírme, he de salir! ¡Han cometido un tremendo error; un error imperdonable! ¡Por que yo no soy Ralph Diamanti! ¿Me han oído? ¡Yo no soy Ralph Diamanti!

Sus gritos retumbaron sonoramente en la galería de la muerte.

Presa de un violento ataque de nervios, continuó zarandeando la reja y gritando y gritando sin cesar. A sus alaridos, los demás presos despertaron y comenzaron a protestar airadamente.

Al cabo, se oyó el chirrido del rastrillo. Unos pasos se acercaron, pausados.

—¡Callad, malditos! Era Frank Gordon.

Sin darse prisa, avanzó por la galería y descubrió al causante del alboroto. Ralph, exhausto, roto los nervios y ronca la voz, colgaba de los barrotes.

El vigilante se aproximó.

—Son las tres y media de la madrugada, Ralph —pronunció con voz suave—. ¿A qué viene este alboroto?

—Dice que él no es Ralph Diamanti —exclamó alguien, desde una celda lejana—. ¿Será el arcángel San Gabriel?

Un coro de brutales carcajadas acogió el comentario. Pero Gordon los hizo callar inmediatamente.

Luego tornó a dedicar su atención a Ralph Diamanti.

—¿Qué es eso, Ralph? ¿Has tenido una pesadilla?

El preso se irguió. No soltaba los barrotes; por el contrario, sus nudillos blanqueaban de tanto apretar.

—¡Es verdad, es verdad, tiene que creerme, alguien tiene que creerme! ¡Yo no soy Ralph Diamanti! ¡No sé... no sé cómo he venido a parar aquí, pero sé que estoy ocupando el lugar de un criminal!

—¿Estás loco?

—¡No quiero morir! ¡Es injusto! ¡Van a llevarme a la cámara del gas en lugar de Ralph Diamanti! —chilló el condenado—. Pero no me daré por vencido. ¡Tienen que saberlo todos! ¡Se trata de un

complot criminal! ¡Llamen a mi abogado, necesito entrevistarme con mi abogado!

Gordon descolgó su vergajo y golpeó con saña los dedos del preso. Crueldad inútil, porque Diamanti, presa del histerismo, no experimentó el menor dolor aunque sus dedos, machacados por la cachiporra, comenzaron a sangrar.

—¡Calla! —le ordenó el vigilante, frenético.

Pero nada podía hacer enmudecer a aquel hombre crispado y atormentado, que siguió explicando a alaridos su desesperación y su impotencia.

Nada... Excepto la cachiporra de Gordon, que la dejó caer brutalmente sobre el cráneo del condenado.

Las piernas de Ralph se doblaron por las rodillas y sus dedos lastimados se aflojaron. Cayó a tierra lentamente, como un muñeco desarticulado y fofa.

La reja se abrió.

Crispado, fuera de sí, el vigilante, sádico, la emprendió a patadas con aquel cuerpo inerte. Hasta que acudió Ellendale y le apartó de un empujón.

—¡Quieto! ¿Es que te propones matarlo a golpes? —Le lanzó su compañero con infinito desprecio. Y le obligó a retroceder hasta el pasillo.

Ellendale tomó al desvanecido Diamanti por las axilas, le arrastró hasta el camastro y le acomodó en él. Después de arroparle con las delgadas mantas, abandonó la celda.

La reja volvió a cerrarse tras él.

* * *

Se dio cuenta de pronto de que había cometido un tremendo error. Se había dejado llevar por la desesperación: los nervios le habían gastado una mala pasada, había perdido el autocontrol y levantado las sospechas de Frank Gordon.

¿Qué ocurriría ahora?

De nada valdrían sus protestas, sus locas llamadas de socorro. Porque nadie vendría en su ayuda. Oyó un quedo silbido y se acercó a la reja.

—¿Qué fue lo que le pasó, Ralph, se volvió loco, quizá? —Era

Leo Fabbri, su vecino más inmediato—.

¿Qué justificación tenía su pantomima?

Había desconfianza en su voz. Ralph se apresuró a tranquilizarle.

—Nada importante. Sufrí una pesadilla. En otro tiempo padecí de sonambulismo... Creo que aún estaba dormido cuando empecé a gritar —respondió.

—¡Ah, era eso! —susurró Fabbri, tranquilizado—. Creí... pensé... Pero no tiene importancia. Parece que le pegó duro ese cerdo de Gordon, ¿eh?

Ralph se palpó el grueso chichón entre los cabellos.

—No fue nada. Apenas un chichón.

—Yo que usted, ¡le daría su merecido a ésa sanguijuela! Naturalmente, tendrá que esperar a encontrarse lejos de aquí. Pero eso no tardará mucho, ¿no es cierto?

—Así es. —Ralph apretó los párpados, desconsolado—. Y no me olvidaré de usted, Leo.

—¿Necesita comida? ¡Espere! Aún me quedan unas barras de chocolate. Se las enviaré —susurró el siciliano.

Se oyó un roce sobre el pavimento. Y otro, y otro. Tres barras de chocolate resbalaron sobre el piso y se detuvieron, casi exactamente, al alcance de la mano de Ralph Diamanti, que sacó un brazo y las atrapó.

Se comió una y guardó las otras dos en el jergón. Allí tenía todo su tesoro, lo que Fabbri le había estado enviando a lo largo de los días anteriores: seis barras de chocolate, dos pastillas de mantequilla dura, unos chicles, algunos pedazos de pan duro y llenos de pelusa.

Dosificaba casi científicamente aquellos humildes manjares. Un pedacito de pan, media barra de chocolate, un poco de mantequilla, una pastilla de goma de mascar: tal era su menú diario.

Desconfiado de que su «proveedor» pudiera fallar por alguna causa imprevista, Ralph atesoraba, avaro, sus pobres medios de subsistencia.

—¡Si pudiera recordar! —se desesperaba,

Su mente, su memoria, se iban recuperando, sí, pero a un ritmo lento y desesperante. No cabía duda de que su cerebro funcionaba con gran torpeza a causa de las drogas.

Cada día recordaba, repetía incansablemente hasta quedar exhausto, los pocos datos que poseía. Datos que había ido extrayendo de sus delirios.

La bicicleta, el camino de los cañaverales, la alameda, la colina, los niños, la escuela y... ¡jella! El retrato sobre su mesa. Con la dedicatoria: «A Blaine Prentice, con amor. Francey Stevens».

«Yo soy Blaine Prentice —se dijo, excitado—. ¡Fue ése el nombre que escribí en los documentos que Merrill pretendía que yo firmase!».

Pero ¿cómo había llegado a ocupar el lugar de otra persona?

«Llegaron tres jóvenes, se abalanzaron sobre él y aplastaron un pañuelo empapado en cloroformo contra su nariz y su boca. Y luego...».

Se desespero. ¡No podía recordar más!

—¡El sueño! —descubrió de improviso—. Es a través del sueño como puedo averiguar más detalles de mí mismo.

Era cierto. Durante el sueño, su subconsciente, liberado, volvía a revivir episodios recientes de su vida anterior.

Se dejó caer sobre el camastro y se envolvió en una manta. Dormía vestido, pues la temperatura dentro de la celda era bajísima.

El desfallecimiento provocado por la debilidad propiciaba el sueño. En pocos minutos se quedó profundamente dormido.

Y soñó...

* * *

—Me llamo Ralph Diamanti, tengo 28 años, nací en Nueva York, en Litta Italia; soy soltero, mis padres son Damiano Diamanti y Francesca Groppa...

»Me llamo Ralph Diamanti... Diamanti... Diamanti...

La voz monótona, pero sutil e Insinuante, perforaba sus oídos y penetraba en su cerebro. No había pausa, jamás dejaba de sonar.

A veces, recuperaba por poco tiempo el conocimiento, incluso abría los ojos. Alguien se movía cerca de él: un individuo de unos cincuenta años, canoso, se levantaba de la mesa llena de quemaduras de cigarrillos, preparaba rápidamente una inyección y le pinchaba.

Nuevamente la vorágine. Y la voz machacona, insistente, atormentadora.

—Me llamo Ralph Diamanti...

Le daban muy poco de comer: unos zumos de frutas, plátanos, un pequeño bocadillo. Y vuelta a dormir. Sus músculos entumecidos, habían dejado de sentir. Su cerebro se embotaba paulatinamente, minuto a minuto, hora a hora, día a día.

Y la voz perenne:

—Me llamo Ralph Diamanti...

Perdió el sentido del tiempo y de todo lo que le rodeaba. Era un ser amorfo, sin sentimientos, estúpido, carente de voluntad.

—Me llamo Ralph Diamanti...

Ya no abría los ojos cuando escuchaba las voces de Burt, Glen o Jeff, próximas. No tenía ningún interés por nada ni por nadie.

Sólo deseaba una cosa con toda el alma: dejar de escuchar aquella voz que le martillaba lamente:

—Me llamo Ralph Diamanti...

Luego, un día, ¿cuándo?, le despertaron bruscamente, le mojaron el rostro y la cabeza, le abofetearon hasta que abrió los ojos.

El hombre del pelo canoso le miró fijamente y pronunció:

—Dígame... ¿quién es usted?

—Me llamo Ralph Diamanti, tengo 28 años, nací en Nueva York, en Little Italia, soy soltero, mis padres son Damiano Diamanti y Francesco Groppa... —respondió sin parpadear.

El hombre de los cabellos canosos asintió:

—Muy bien, Ralph. Vuelve a dormir ahora.

Se alzó del camastro, caminó hasta la mesa y marcó un número de teléfono.

—¿Burt? Podéis venir Cuando queráis. Este tipo está maduro —dijo.

CAPÍTULO IX

Se oyó un chirrido en el rastrillo.

Ralph percibió unas voces distantes. Luego unos pasos sonoros, rotundos, se aproximaron. Corrió hacia la reja, introdujo parte del rostro entre dos barrotes, miró.

Cuatro guardias armados y otros tantos funcionarios avanzaban por el pasillo. Rígidos, herméticos, impenetrables.

Ralph parpadeó.

«Vienen a por mí», pensó de pronto. Y se sintió aterrado.

No se equivocaba. Los guardias dirigieron sus metralletas hacia él y uno de los funcionarios ordenó autoritario:

—¡Retroceda hasta el fondo de la celda, Diamanti! Póngase cara a la pared y permanezca inmóvil.

—Pero... ¿qué ocurre? —preguntó, sobrecogido.

—¡Obedezca! —gritaron por toda respuesta.

Una intensa palidez se extendió por el rostro del condenado. Luego, lentamente, retrocedió, dio media vuelta y apoyó las manos en el muro.

Aunque no podía verlos, oyó sus pasos precipitados. Los guardias acababan de tomar posiciones en prevención de una reacción violenta por parte del recluso: dos penetraron en la celda, los otros dos quedaron en el pasillo.

Uno de los funcionarios le cacheó de arriba abajo. Luego le unieron los brazos a la, espalda y le esposaron. Seguidamente le hicieron volver y el jefe de servicios dijo:

—Salga.

—¿Adonde... adonde me llevan? —preguntó, tembloroso.

—Pronto lo sabrá —le respondió el funcionario, hierático.

—Pero... ¡se equivocan, yo no soy...! —gimió con desamparo.

Fue empujado sin consideración hasta el pasillo. Los guardias armados se colocaron a izquierda y derecha. Dos funcionarios le tomaron por ambos brazos.

Échó a caminar con las piernas flojas.

—¿Quiero saber adónde me llevan? ¡Tengo derecho a saberlo!

A su izquierda resonó una carcajada escalofriante. Giró el cuello y vio por primera vez a Leo Fabbri.

—¡Me engañaste, porco, me engañaste! —gritó, frenético, el siciliano—. ¡Me hiciste concebir esperanzas, me mentiste! —Alzó el enorme puño amenazador—. ¡Ah, si pudiera tenerte un momento entre mis manos! Conque no sabes adonde te llevan, ¿eh, padrone? ¡Pues yo te lo diré! ¡Te van a poner en capilla, te van a aislar hasta el momento en qué camines hacia el «octógono», estúpido!

Ralph se volvió de un brinco hacia los funcionarios.

—¿Es... es cierto eso? —gritó. Y su epidermis se agitó en un temblor espasmódico.

Pero los funcionarios le empujaron hacia adelante, le arrastraron rápidamente galería adelante. Uno de ellos abrió un gran rastrillo, a través del cual penetraba una fría corriente de aire.

Luego avanzaron por un estrecho pasillo donde únicamente se veían dos celdas. Una de ellas tenía la puerta abierta. Estaba dividida en dos partes por una reja deslizante. Le soltaron de repente. Sus rodillas débiles, no le sostuvieron y el preso cayó a tierra.

Quedó allí, encogido, murmurando algo ininteligible entre dientes, temblando como un animalillo indefenso.

Cerraron la reja con un cerrojo de seguridad y se alejaron.

El preso continuó allí, inmóvil, como consecuencia del choque emocional que acababa de sufrir. Apenas respiraba. Sin embargo, de su rostro brotaban gruesos goterones de sudor.

Luego, lentamente, comenzó a reaccionar.

Estupefacto, se puso en pie, jadeó, se volvió de un brinco, tocó los barrotes de la reja.

—No puede ser —murmuró—. Es una broma. Una pesadilla. En cualquier momento, se acercará un funcionario y me dirá que ha sido un error. Incluso se disculpará.

Pero pasaba el tiempo y nadie venía.

—¡Dios mío, no puede ser cierto!

¡Unas voces! ¡Acababan de oírse unas voces, seguidas de un chasquido metálico! Pasos. Pasos que se acercaban.

Dos funcionarios acompañaban al doctor Lovelock.

—¿A qué venía el médico?

Un vigilante abrió la reja y quedó fuera. El otro penetró en la celda con el doctor Lovelock, que abrió su maletín y se volvió al preso.

—Súbase la manga.

—¡No permitiré que me pongan ninguna inyección! —retrocedió el preso, despavorido. Lovelock sonrió sin ganas.

—No voy a inyectarle —declaró—. Sólo voy a hacerle un reconocimiento.

El funcionario le aferró por un brazo y le alzó la manga. Incapaz de reaccionar, el preso se apoyó en el muro, indefenso.

El médico adaptó un esfigmómetro a su brazo y comprobó su tensión. Luego le auscultó con el fonoscopio, observó el interior de sus párpados, y le tomó una muestra de sangre. Seguidamente, guardó sus aparatos en el maletín y salió.

La reja volvió a cerrarse, los funcionarios se alejaron. Pero por poco tiempo. Un momento después volvían a resonar los pasos en el estrecho corredor.

El chirrido del cerrojo, la presencia próxima de alguien.

Se volvió y miró a aquel caballero alto y corpulento, de facciones rudas pero honradas.

—Ralph, soy Jack Hagerty, director de la prisión. Lamento traerle malas noticias. Su abogado sufrió una indisposición y no ha podido venir.

—¿Qué noticia...?

—El presidente de los Estados Unidos ha denegado su petición de clemencia —pronunció Hagerty, con voz grave—. La sentencia deberá cumplirse el próximo doce de noviembre.

El preso le miró, incrédulo.

—Pero... no es posible. Yo no he cometido ningún delito. No soy Ralph Diamanti, como todos creen —su voz fue apagándose, paulatinamente—. Mi nombre es Blaine Prentice.

Hagerty carraspeó. Se sentía muy nervioso. Sobre todo al comprobar ahora el aspecto de total indiferencia del condenado.

—Comprendo su estado de ánimo, Ralph. Me gustaría poder

darle esperanzas, pero lamentablemente no las hay —dijo.

Y se volvió rápidamente y abandonó la celda. Un funcionario corrió rápidamente el cerrojo y permaneció vigilante en el pasillo, mientras Hagerty y su séquito se alejaban.

El preso se encogió sobre sí mismo. Apoyado en el camastro, fue resbalando hasta caer de rodillas. Y allí inclinó el torso hasta que su frente rozó el piso que olía fuertemente a desinfectantes.

—¡Dios mío, Dios mío! —sollozó, profundamente abatido.

* * *

Francey Stevens permanecía apoyada en el ventanal. Contemplaba abstraída las luces fugaces de los automóviles que cruzaban la avenida en uno u otro sentido.

Su madre y su padre estaban viendo la televisión. La voz del locutor sonaba monótona y lejana. De improviso, se volvió al oír el grito de asombro de su madre.

—... Ralph Diamanti, convicto de los asesinatos de los cuatro individuos de la familia Breeman. Como recordarán, Diamanti demostró una ferocidad y una ausencia de escrúpulos que conmovió a la opinión pública. El tribunal supremo, denegada la petición de clemencia por el presidente, ha fijado la fecha de su ejecución para el doce de noviembre próximo. La sentencia se cumplirá en la penitenciaría de...

Francey se incorporó de un salto y corrió hacia el televisor.

—¡Es Blaine, es Blaine! ¡Dios mío! ¿Cómo es posible? —chilló.

Sus labios temblaban, su cuerpo se estremecía de los pies a la cabeza. Sus padres, preocupados, se acercaron a ella y la tomaron por los brazos.

—¡Cálmate, hija! Has sufrido una alucinación... Desde luego, ese asesino se parece mucho a Blaine, pero...

—¡Es Blaine! —repitió Francey, desorbitados los ojos.

La imagen de Diamanti había desaparecido del televisor ya, pero Francey seguía pronunciando históricamente: «¡Es Blaine, es Blaine!».

Su madre fue a buscarle un calmante, mientras Cal, su padre, la estrechaba entre sus brazos y procuraba tranquilizarla.

Poco a poco se fue serenando. Pero en su cerebro había quedado

grabada la imagen que había visto en el televisor.

Empeñada en destruir su obsesión, Faye Stenvenson trajo una revista.

—He leído varios reportajes acerca de ese criminal. Y me sorprendió su parecido con Blaine Prentice. ¡Mira su foto, querida! Francey estudió el rostro con gran ansiedad. —Sólo se trata de una coincidencia.

—Éste no es el mismo rostro —señaló Francey, impertérrita—. Se trata de dos hombres distintos. ¡Fue

Blaine el que salió en televisión!

—Pero, querida Francey —intervino Cal Stevens—: se razonable, por favor. Diamanti es un peligroso asesino y Blaine, por el contrario, un hombre honrado. ¿Cómo crees que hubiera ido a parar a la cárcel? ¡Lo que tú piensas es una locura!

—Supongo que sí —aceptó su hija—. No tengo ninguna explicación. Sólo sé que el rostro que apareció en el telediario es el de Blaine Prentice. Tengo que poner en claro esto. Tengo que saber por qué la televisión dio el rostro de Blaine.

Faye Stevens movió la cabeza, atribulada. ¿Cómo podía pensar Francey tales cosas...?

Pero Cal reflexionaba. A él también le había parecido reconocer el rostro de Blaine en la diapositiva del telediario... aunque pudiera tratarse de un extraordinario parecido entre dos hombres que nada tenían que ver entre sí. El caso es que Francey no era una joven atolondrada e irreflexiva, sino todo lo contrario. En muchas ocasiones había demostrado su poder de observación sus dotes intelectuales fuera de los común y el gran equilibrio de sus sentidos.

Francey se puso en pie impulsivamente. Y sus padres hicieron otro tanto, inquietos.

—¿Adonde vas? —preguntó Faye.

—A hacer mi maleta —respondió su hija, decidida—. Por favor, papá, pregunta por teléfono si hay algún vuelo nocturno que enlace con San Francisco.

Su padre le tomó las manos, preocupado.

—Pero, hija, hay casi dos mil kilómetros desde Miles City a San Francisco —dijo.

—¡Qué importa! —respondió Francey, segura de sí mismo—. Emprendería el viaje aunque mi destino se hallase al otro extremo

del mundo.

CAPÍTULO X

El día 3 de noviembre, Debra Harper abandonó su casa de Stoney Bay.

Había meditado mucho su decisión antes de dar el primer paso. Ahora estaba segura de que había algo extraño en la muerte de su esposo.

Pensó que lo más prudente sería cambiar impresiones con Jack Hagerty, director de la penitenciaría, que había sido siempre un buen amigo de Bill.

A las diez de la mañana estaba en la estación de autobuses. Sacó su billete para la penitenciaría y salió al andén.

No había mucha gente. Un matrimonio de cierta edad y una gentil muchachita rubia que paseaba impaciente de un extremo a otro del andén esperando que partiese el autocar que hacía el trayecto a la prisión.

La joven rubia se detuvo cerca de la señora Harper, sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios muy nerviosa y buscó, inquieta, en sus bolsillos.

Debra sacó su pequeño encendedor de oro —¡un recuerdo más de Bill!— y le ofreció lumbre. La joven encendió su cigarrillo y le dirigió una sonrisa débil.

—Gracias —pronunció con timidez. Miró con interés a la señora Harper y preguntó—. ¿Va usted a la prisión?

Al ver que Debra asentía, dijo, muy nerviosa:

—Yo también.

—¿Tiene allí algún familiar?

—¡Sí! Es decir, no... Bueno —su nerviosismo iba en aumento. El cigarrillo tembló en sus largos dedos—, no sé cómo explicárselo. Verá, el hombre al que yo amo está allí. ¡Oh, sí, estoy segura de que

es él!

Debra la miró con simpatía y compasión.

—¿Por qué no me lo cuenta todo? —La animó—. Le servirá de desahogo. El autocar tardará aún quince minutos en partir.

Francey Stevens habló atropelladamente durante diez minutos. Sin interrumpirla, Debra la escuchaba con asombro.

—En los estudios de televisión me han dicho que la foto de Blaine se la hizo llegar una agencia. Han tratado de informarse, pero no han logrado averiguar el nombre de la agencia. Pero yo estoy segura, ¡Dios mío, sí!, de que es él.

Debra Harper se humedeció los labios. Estaba recordando la inquietud del doctor Harper en las fechas anteriores a su muerte. Precisamente había estado leyendo un informe sobre Ralph Diamanti...

—¿No estaría relacionada su muerte con la extraña historia que Francey Stevens acababa de contarle...? Este pensamiento llevó a su ánimo un soplo de intranquilidad.

En aquel momento, el autocar se detuvo junto al andén. Su conductor descendió, abrió la puerta de entrada y los viajeros se acercaron al vehículo.

—No diga nada más, Francey. Hablaremos más tarde, en lugar seguro —recomendó a la joven maestra de Montana.

El autocar partió en seguida. Diez minutos después cruzaba el puente sobre el río Chilliagawa, cuyas aguas rojizas chocaban violentamente contra los pilares de sustentación.

Debra dirigió una ansiosa mirada a la orilla derecha, erizada de peñascos puntiagudos: allí precisamente había encontrado la muerte su esposo, varias noches atrás.

La señora Harper se mordió los labios y ahogó un sollozo. ¡Qué triste sería su vida en adelante, sin la presencia protectora, amable y serena de Bill Harper!

Mientras el autocar ascendía a buena velocidad las cuestas de las colinas, Debra rememoró algunos pasajes de su vida con William Harper. Su encuentro en el Hospital Central, sus conversaciones, el súbito enamoramiento, la boda, el viaje a Hawaii, el regreso a su casa de San Francisco, el posterior destino de Bill a la penitenciaría, el chalet de Stone Bay, sufragado con tantos sacrificios, el nacimiento de Bob...

¡Tantos y tantos años de maravillosa vida en común! Y ahora...

El autocar superó el paso de las colinas y avanzó, veloz, por el llano. Minutos después se detenía en el aparcamiento de la prisión.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Debra a Francey Stevens.

—Intentaré una entrevista con él. ¡Necesito tanto saber...! —calló bruscamente y no dijo más.

—Hablaré al señor Hagerty acerca de ti. Veré qué se puede hacer —prometió la señora Harper—. De todas formas, te esperaré. Volveremos juntas a Stone Bay.

—Gracias —murmuró Francey. Y juntas caminaron hasta el vestíbulo de los locutorios de la prisión.

Debra fue introducida inmediatamente al despacho del director, que la esperaba. Jack Hagerty la invitó a sentarse, le ofreció un cigarrillo —que la señora Harper rehusó amablemente— y desde el otro lado de la mesa la miró con curiosidad.

—Creo que no te entendí bien a través del teléfono, Debra —comentó, con una arruguita de perplejidad en la frente—. Me pareció oír que... sospechabas que Bill había sido objeto de un atentado.

—Oíste bien: eso es lo que pienso —pronunció Debra Harper.

—Explícate.

—Seré muy breve. Mis sospechas se basan en que alguien cambió los neumáticos del «Buick» de mi esposo, nuevos, por otros casi gastados. Bill, excesivamente atareado, no lo advirtió, pero yo he visto el automóvil destrozado en la chatarrería. Aquellos neumáticos no son los que mi esposo hizo poner hace poco más de un mes, ni siquiera son de la misma marca...

—¿Estás segura?, —preguntó Hagerty, muy preocupado.

—Absolutamente. Tengo aquí la factura del garaje donde le pusieron los neumáticos nuevos y éstas son unas fotografías que yo misma he tomado de las ruedas del coche siniestrado. —Debra dejó aquellos documentos sobre la mesa, al alcance del director de la prisión—. Aunque los viejos son de las mismas medidas, puede advertirse sin lugar a dudas, que éstos son de la marca «General», mientras los nuevos eran «Firestone».

Mientras Hagerty comprobaba que la señora Harper decía la verdad, ésta añadió:

—Si quieres saber hacia dónde se dirigen mis sospechas, te diré

que Bill parecía muy preocupado por el caso Diamanti. Durante varios días estuvo examinando la copia del informe que tú le facilitaste. Hizo algunas anotaciones, estudió con gran interés unas hojas manuscritas del propio Ralph Diamanti... Una noche, cuando se fue a la cama, eché una mirada a aquellos documentos. Mi esposo había hecho algunas anotaciones al margen del informe. Una de ellas era: «Se diría que el hombre que tengo hospitalizado y el asesino perverso y sádico que describe el expediente no son la misma persona». Me gustaría saber qué piensas tú de todo esto.

Hagerty alzó su mirada de las fotografías que estaba examinando. Su expresión había cambiado ostensiblemente desde el momento en que la señora Harper hizo referencia a los íntimos pensamientos del doctor Harper. Se diría que ahora estaba a la defensiva.

—A Bill le perdía su extraordinaria sensibilidad. En el fondo, creo que era un estupendo profesional, pero no valía como médico de una prisión. Sufría extraordinariamente cuando advertía el menor sufrimiento... aunque se tratase de un criminal tan peligroso como Ralph Diamanti. En cuanto a sus dudas respecto a la personalidad de ese condenado..., pienso que sufría una obsesión. Desengáñate, Debra: los controles de la prisión son exhaustivos. Fue Ralph Diamanti el hombre que ingresó hace varios meses en este establecimiento, de eso no hay ninguna duda. Tenemos su ficha antropométrica, dactilar, psicotécnica... En el fondo, lo que pienso es que Diamanti fingió para interesar a tu esposo en el caso.

Debra reflexionó. ¿Por qué había de mentirle Hagerty? Tenía la seguridad de que era un buen profesional y, sin duda, un hombre honrado que jamás se prestaría a chanchullos.

—Bien, aceptemos que tú estés en lo cierto, Jack. ¿Cuál es tu opinión sobre el cambio de neumáticos? —se interesó la señora Harper.

—No sé qué decirte... La verdad es que a mí mismo me cambiaron mis ruedas nuevas por otras viejas, hace unos meses. De ahí que contratáramos a Parks como vigilante del aparcamiento. Hay varias pandillas de jóvenes gamberros que se dedican a robar elementos de automóviles. Supongo que fueron ellos, aunque no en nuestro aparcamiento, quienes cambiaron los neumáticos del coche de tu esposo. Indirectamente, esos mozalbetes podrían ser

responsables del accidente que costó la vida a tu esposo, aunque sería desorbitar las cosas imaginar que se trató de un complot criminal para provocar su muerte.

Aplastó el cigarrillo sobre el cenicero, se puso en pie y paseó hasta el bello paisaje marino situado en el muro frontero con las manos metidas en los bolsillos; Allí se volvió, sonrió y dijo: .

—Naturalmente, esto es sólo una opinión. No quiere decir que responda a la verdad absoluta. Pudo ocurrir de forma distinta, aunque sí es cierto que los gamberros han intensificado últimamente ese tipo de robos.

Debra se puso en pie. Ya de disponía a marcharse, cuando recordó a Francey.

—Por cierto, Jack. He venido en el autocar con una joven maestra de Miles City, Montana. Me ha contado una extraña historia que, curiosamente, coincide con las sospechas de mi esposo —explicó—. Francey Stevens vio una imagen de Ralph Diamanti en la televisión. Pero ella cree que no se trata de Diamanti, sino que es Blaine Prentice, su novio.

De nuevo, la profunda arruga de preocupación se dibujó en la frente del director de la penitenciaría.

—¡Pero bueno! —estalló—. ¿Por qué extraña casualidad empiezan a proliferar ese tipo de manías? ¿Es que todo el mundo piensa que el hombre al que tenemos en capilla, goza de mil personalidades diferentes?

—Yo no entro ni salgo en el asunto —mintió Debra, pues en realidad, la historia que le había contado Francey le interesaba mucho—. Me limito a interceder ante ti por ella. La muchacha está destrozada. Ha recorrido casi dos mil kilómetros para venir aquí. Si verdaderamente sufre una equivocación, una obsesión, bastaría que le permitieras entrevistarse con Diamanti para que se deshiciera el error.

Hagerty se aproximó a la señora Harper y le dirigió una mirada fría y distanciante. Ya no era el amigo de su esposo, sino el director de una prisión: un hombre cargado de responsabilidades.

—Debra, tú debes ignorar las medidas de seguridad de que debemos rodear a un hombre que, inexorablemente, morirá el próximo día doce. Nadie puede verle, ni siquiera sus compañeros de reclusión, condenados a muerte. Como Ralph Diamanti carece de

parientes directos, me es imposible autorizar ninguna visita —especificó.

Luego cambió bruscamente. Sonrió, tomó a Debra por un brazo y la llevó suavemente hacia la puerta.

—No te olvides de saludar a Bob de mi parte. Y no dudes en acudir a mí si necesitas cualquier cosa. Sabes que estoy a tu entera disposición.

La señora Harper sonrió irónicamente. Luego atravesó la puerta que el secretario de Hagerty se había apresurado a franquearle y salió.

En el vestíbulo estaba Francey Stevens, llorosa. Un funcionario acababa de hacerle comprender que sus pretensiones eran ridículas: nadie estaba autorizado a visitar a Ralph Diamanti.

Cuando la señora Harper tomó a la joven por el brazo y la sacó de allí, Francey lloraba desconsoladamente;

—Vamos, vamos —trató de consolarla—. Ya veremos qué se puede hacer.

—¡Pero yo estoy segura de que es él, señora Harper! —sollozó Francey, perdido el ánimo. Debra oprimió sus hombros y la llevó hasta la parada del autobús.

—No me llames señora Harper, Francey. Llámame Debra, simplemente. Y deja de llorar, así no conseguirás nada. Ten confianza: algo se me ocurrirá —susurró a su oído.

Poco a poco, Francey se fue serenando. Sin embargo, la angustia que la dominaba oscurecía su juvenil semblante.

Un cuarto de hora más tarde llegó el autocar. Subieron y el vehículo emprendió poco después el regreso a Stone Bay.

Debra no se sentía muy satisfecha de su entrevista con Jack Hagerty. Deducía que el director de la prisión se había dejado llevar más por su responsabilidad como jefe de la penitenciaría que como el amigo al que se recurre para escuchar un prudente consejo.

En consecuencia, Debra no sólo siguió pensando que su esposo había sido objeto de atentado criminal, sino que sus sospechas en este sentido se acentuaron, sobre todo después de conocer a Francey Stevens y escuchar su sorprendente historia.

Veinte minutos después abandonaban la estación de autobuses de Stone Bay.

—¿Adonde vamos? —preguntó Francey, desorientada, al ver que

Debra Harper caminaba con toda decisión hacia Caloway Row.

—Te alojarás en nuestra casa. Bob y yo estamos demasiado solos y tu presencia y tus problemas nos ayudarán a olvidarnos de los nuestros —decidió la señora Harper.

Y Francey no se atrevió a oponerse. En realidad, necesitaba desesperadamente la compañía y el consuelo de una mujer tan afectuosa y segura de sí misma como Debra Harper.

CAPÍTULO XI

Acababan de almorzar. Bob, introvertido, silencioso desde la muerte de su padre, subió a su habitación con un libro en la mano.

Tomaron café y fumaron un cigarrillo.

—Bien, abordemos el asunto —propuso Debra. Y sus ojos relampaguearon de pronto—. ¡Oyeee...! Si el hombre que está en capilla no es Ralph Diamanti, ¿dónde se encuentra éste?

—¡Es cierto! —exclamó Francey, más animada—. He tenido mi mente tan ocupada con la imagen de

Blaine, que no se me ocurrió pensar en el verdadero Diamanti.

—Pues a partir de este momento sólo vamos a ocuparnos de Diamanti. Supongo que va a ser muy difícil encontrarle —en realidad, a Debra Harper, tal posibilidad se le antojaba imposible, pero suponía que lo mejor sería mantener la mente de Francey Stevens ocupada en algo que no fuera la cruda realidad: nueve días después un hombre caminaría hacia la cámara del gas por los fríos pasillos de la penitenciaría.

Sería una labor erizada de dificultad. Si, como sospechaban, Diamanti había conseguido encerrar en la prisión a un doble suyo. —Blaine Prentice—, el asesino se habría apresurado a ponerse a distancia inalcanzable.

«O tal vez se haya hecho la cirugía estética. Podríamos tenerle a unos pasos de distancia, y no reconocerle», pensó, desesperada.

De todas formas, se pusieron a trabajar inmediatamente. Esa misma tarde dejaron a Bob en casa de tía Helen Harper —hermana del fallecido doctor Harper— y tomaron un autobús hacia San Francisco.

A las cinco de la tarde estaban en la gran ciudad. Se sucedió entonces una serie de precipitadas visitas a las hemerotecas oficiales

y también a las privadas de los grandes diarios de la ciudad.

Fue una labor exhaustiva, agotadora, que sólo terminó hacia las ocho y media de la tarde, cuando los centros cívicos que visitaban comenzaban a cerrar.

Debra guardó entonces sus cámaras «Instant-Matic», con la que había fotografiado incansablemente las pantallas de los visores de microfilmes. Tenía consciencia de que estaba gastando demasiado dinero en los clisés y láminas de la carísima cámara —otro recuerdo más del maravilloso Bill Harper—, pero Francey se apresuró a declarar que ella llevaba *travellers cheks* por valor de ocho mil dólares y que ningún gasto le parecería exagerado si lograban vislumbrar «un pequeño resplandor en el mar tenebroso que las rodeaba». Sería una frase melodramática con toda probabilidad, pero describía muy bien las dificultades que tendrían que afrontar en adelante.

Desde un íntimo *snack* de Grant Avenue —terminaban de investigar todo lo investigable en la hemeroteca del Chronicle—. Debra reservó una habitación doble en el hotel Caldwin, situado en las proximidades de Union Square. Un hotel discreto, de tercera categoría, eso era lo que les convenía.

Tomaron una cena ligera en el comedor del Caldwin y se retiraron a sus habitaciones. Con una cafetera rebosante y una botella de excelente *brandy* de Jerez, las dos mujeres se dispusieron a estudiar el material que habían conseguido tras casi cuatro horas de constante labor.

No les hizo falta una computadora para procesar los datos. Contaban con varias y nítidas fotografías de Ralph Diamanti. Junto a ellas, Francey comparó las de Blaine Prentice. Pronto llegaron a una conclusión:

—A pesar del prodigioso parecido, la nariz de Diamanti está un poco torcida a la izquierda. ¿Un puñetazo? —exclamó Debra. Y se respondió a sí misma—: Nada extraño en un hombre entregado a la violencia desde la infancia. Pero además... ¡mira! El iris de los ojos de Ralph Diamanti es más oscuro que los de Blaine. Y esta pequeña cicatriz bajo su mandíbula... ¡paperas! —dictaminó la animosa señora Harper con una seguridad aplastante.

Al cabo de media hora, las dos mujeres llegaron a la conclusión de que entre las distintas fotografías existían considerables

diferencias.

—Los cabellos de Blaine son más claros. Es lógico: a Blaine le gusta permanecer al aire libre todo el tiempo posible. Y el sol decolora los cabellos negros —puntualizó Francey.

Luego hicieron un escrupuloso estudio caracteriológico de Ralph Diamanti. El resultado fue revelador.

Diamanti era un ególatra y un redomado presumido. Aparecía en todas las poses «dando» la mitad derecha de su rostro que era ostensiblemente más perfecta.

De pronto, Debra hizo aquella observación.

—Un hombre como éste consideraría una verdadera desgracia tener que someterse a una operación de estética facial —dijo. Y Francey estuvo de acuerdo.

—Luego, entonces, yo aseguraría que Ralph Diamanti no ha alterado sus facciones —añadió Debra, pensativa.

—Creo que tienes razón. Y, por otra parte... —Francey calló, confusa.

—¿Qué?

—¿No lo has observado? Diamanti jamás abandonó esta ciudad a lo largo de cinco años. Bueno... Desde que llegó de Nueva York, apenas se produjo un viaje a San Diego. Luego, otra salida a Acapulco, en México. Volvió en seguida. De todo eso se deduce que Diamanti no se sentía muy seguro lejos de San Francisco, del Hotel Taylor, donde reside habitualmente. Ello podría significar...

Debra no la dejó continuar.

—¡Has dado en el clavo, Francey! Un hombre como Diamanti siempre pensaría que su mejor refugio sería... ¡esta ciudad! Desde aquí controla y domina todo el estado. Le basta utilizar a sus pistoleros y a sus hombres de confianza para que nada escape a su absoluto control. Debe tener guardaespaldas a docenas. Verdaderos delincuentes, dispuestos a dar la vida por él a cambio de unos miles de dólares. —Debra pasó rápidamente las hojas de la documentación que habían obtenido aquella tarde. Al cabo, dijo, reflexiva—: Si está en esta ciudad, no creo que siga alojándose en el hotel Taylor. Es demasiado, céntrico y distinguido. Y Diamanti no está acostumbrado a pasar desapercibido. Cualquier camarero se sentiría tentado a denunciarle. No, en el Taylor, no...

—¿Y en el restaurante Solé? —exclamó Francey, de improviso—.

Es un edificio aislado en Bryant Street, cerca de la autopista. Una casa de tres plantas, con un jardín, garaje y... el puente de Oakland a un paso.

¡Sería un excelente refugio!

Debra la miró fijamente. Sus ojos dorados destellaban.

—¡Solé! —gritó—. Es el sitio justo, Francey. Un negocio limpio, frecuentado por personas normales... y ¡tan magníficamente situado! ¡Sí! Creo que ése sería el cobijo que un hombre inteligente elegiría. Se decidió de repente.

—¿Sabes una cosa, Francey? Aunque acabamos de cenar, vamos a echar una ojeada a Solé. Si es preciso, cenaremos dos veces. Pero si no, tomaremos un cóctel. Vamos a echar una ojeada a la guarida de la fiera —decidió, animosa.

Tomaron un taxi a la entrada del hotel Caldwin. Treinta minutos después, cerca de las once de la noche, estaban en el Solé. El restaurante cerraba tarde: famosos actores y actrices de cine solían recalar allí hacia las doce de la noche para tomar un bocado.

Ni Debra ni Francey eran fácilmente reconocibles bajo el recargado maquillaje y sus atuendos de gran fiesta.

El ambiente en el Solé era muy agradable, distinguido. Un bar íntimo, tres salones-comedores, un guardarropa servido por elegantes muchachas...

Y un anuncio en el vestíbulo.

Se necesita camarera. 20-30 años, soltera o viuda. Buen sueldo. Jornada de seis horas. Gratificaciones. Información: Míster John M. Miller, en el office.

Las dos mujeres ocuparon la mesa hacia las que las orientó el maitre amablemente. Se sentaron, y ambas cambiaron una mirada inteligente.

Debra no se atrevió a proponerlo. Fue Francey la que dijo:

—Tengo una idea.

—¿Cuál? —susurró Debra, con innegable ansiedad.

—Ocupar ese puesto de camarera —respondió Francey en el mismo tono de voz—: Pero hay más ¿No tenemos una fotografía de Carol Breeman?

Debra se llevó la mano a los labios.

—¡Dios santo! Ahora estoy segura de que existe la telepatía —exclamó en voz bajísima—. Has tenido la misma idea que yo. Tú te

pareces algo a Carol Breeman. Eres rubia, de tez clara. Bastaría cortarte un poco el pelo y maquillarte convenientemente para...

—¡Calla! —la atajó Francey con un gesto.

El maitre estaba junto a ellas con la carta en la mano. Pidieron un consomé de mariscos, cóctel de gambas y una porción de langosta. Vino blanco de California y una botella de champaña brut.

—Será un gasto extraordinario —susurró Debra, asustada—. Pero todo estaría bien empleado si la jugada nos sale bien.

—Dios te oiga —pidió Francey uniendo las manos en una muda súplica.

Y mientras comían lentamente, dirigieron una disimulada ojeada al local y a las personas que ocupaban las mesas o cruzaban, de cuando en cuando ante ellas.

De los hombres que escrutaron, ninguno de ellos guardaba la menor semejanza con Ralph Diamanti. Pero...

* * *

A la siguiente noche, Francey Stevens estaba sirviendo los cócteles en el restaurante Solé.

Debra, que había acudido a cenar, no se acercó a la barra ni hizo el menor gesto a la preciosa camarera que atendía un sector del bar.

De madrugada, Debra la esperó, recostada en el asiento del «Rambler» que ambas habían alquilado aquella misma mañana.

—¿Qué? —preguntó la señora Harper con gran ansiedad.

—Nada —respondió Francey, desfallecida—. He soportado una docena de proposiciones deshonestas, he servido docenas de martinis y combinaciones. Pero ese hombre, Diamanti, no se ha dejado ver —daba muestras de profunda inquietud—. ¡Debra! ¿No estaremos equivocando el camino? ¡Sólo faltan ocho días...!

No dijo para qué faltaban ocho días, pero tampoco era necesario. Las dos mujeres sabían que en la mañana del día 12 de noviembre, Blaine Prentice comenzaría su corta carrera hacia la cámara del gas.

A veces, la señora Harper se recriminaba a sí misma por su —ella lo llamaba así— loco atolondramiento.

«¿Qué pruebas tengo de que ese hombre sea Blaine Prentice y no el verdadero Ralph Diamanti?», se preguntaba, nerviosa.

No tenía pruebas. Sólo la inquietud, la angustia y la ansiedad de que Francey Stevens daba pruebas. Cualquier juez se hubiera reído a carcajadas de semejante argumento. Corazonadas, seguridad que sólo brotaba de un sentimiento amoroso, impresiones, augurios... ¡Bah!

Pero, después, a Debra le bastaba mirar a los ojos a Francey para sentir que su confianza renacía.

¡Francey no podía equivocarse! Y además estaban los cúmulos de indicios, de pequeñas pistas, de razonadas deducciones...

Y también, hechos.

—Ten fe —le dijo, cuando daba marcha atrás para tomar Bryant Street—. He visto a tres hombres que penetraban en el Solé. Sus fotografías estaban, en los periódicos. Se les señalaba como adláteres de Ralph Diamanti. Se llaman, según he comprobado, Jeff Brown, Burt Fontenera y Glen Spencer. ¡Son mafiosos! Si frecuentan el Solé, ¿no crees que tenemos una esperanza?

Francey se rehízo. La desesperación huyó.

—¡Es cierto... ahora que lo dices! Se tomaron tres *whiskys* y, luego, penetraron en el despacho del gerente, el señor Miller. Estuvieron mucho rato allí, quizá un par de horas. Se marcharon cuando nos disponíamos a cerrar... ¿Crees que...?

—Ya lo comprobaremos —respondió Debra—. Volverás mañana. Y pasado. Seguirás comportándote como una activa y preciosa camarera. Quizá...

—¿Qué?

—El edificio es grande. Si Diamanti se oculta allí, te verá...

—¡Dios mío! —gimió Francey.

—Ten calma. El revólver de Bill está en tu bolso. Si te ves en peligro, no dudes en utilizarlo. Al fin y al cabo, esto no es un picnic —respondió la señora Harper, rotunda.

* * *

No ocurrió nada el miércoles, 4 de noviembre. Ni tampoco el 5. Ni el 6.

Francey Stevens se desenvolvía bien en la pequeña barra del bar del restaurante Solé. Tenía que soportar los requiebros y las proposiciones de algunos de los clientes, pero ella sabía esquivar los

más audaces ataques con una sonrisa dulce y unos oídos a prueba de explosiones. Su uniforme, cortísima falda y escote generoso, se llevaba un alto porcentaje de la atención de la clientela masculina.

Pero ella sólo veía un rostro de hombre: Blaine Prentice.

El día 6 de noviembre, el señor Miller le informó que podía disponer del domingo por completo, su día libre.

—Sin embargo, el sábado por la noche se prolongará la jornada. Acude mucha gente importante y es preciso atenderles. En definitiva, es nuestro negocio —terminó el gerente con una sonrisa expresiva.

La jornada se dilató, mucho más de lo que Francey podía imaginarse. Hacía las dos de la madrugada se cerraron las puertas del restaurante.

Las asistentas recogían los servicios y los llevaban a la cocina. Luego se dedicaron a ordenar escrupulosamente las mesas, a limpiar el suelo con las aspiradoras y a dejarlo todo pulcramente dispuesto para la jornada del lunes.

Cansada, Francey se dirigió a la pequeña habitación de que, disponían las empleadas. Pero el señor Miller le salió al paso.

—Un momento solamente, señorita Stevens. Estoy muy satisfecho de su trabajo y de su dedicación. La he estado observando a lo largo de la jornada y he visto con satisfacción que no se comportaba como una de esas jovencitas que en tres días quieren conseguirlo todo. Permítame que le ofrezca una copa de champaña —dijo.

Aunque sorprendida, Francey aceptó.

En una de las mesas del restaurante, Miller descorchó una botella de champaña francés y vertió el vino en dos preciosas copas.

Miller le puso una en la mano y alzó la otra.

—Porque su estancia entre nosotros sea larga y satisfactoria,— brindó el gerente. Francey probó un sorbo del frío líquido y Miller apuró su copa, sonriente.

Uno de sus empleados llamó al gerente en aquel momento.

—Dispénsame —se excusó, ceremonioso—. Tome una copa, mientras vuelvo.

Francey se sentó. A su alrededor, todo estaba silencioso y vacío. Sólo una lámpara lucía en la amplia estancia, de modo que el fondo permanecía en penumbra.

Se llevaba la copa por segunda vez a los labios, cuando escuchó los pasos de Miller, que se acercaba.

¿Miller?

Francey estuvo a punto de respingar en su asiento cuando escuchó aquella bronca voz, desconocida:

—Buenas noches, señorita Stevens.

Se volvió y vio a aquel elegante individuo. Era delgado, alto, moreno, atractivo. Se parecía como una gota de agua a otra a Blaine Prentice.

Era Ralph Diamanti.

CAPÍTULO XII

Debra Harper se sentía muy inquieta.

Por enésima vez consultó su reloj y musitó con voz apagada:

—¡La una y media de la madrugada...!

Francey solía terminar su trabajo en el restaurante Solé hacia las once y media de la noche.

«¿Por qué tardará tanto?», se preguntó, muy inquieta.

Encendió un nuevo cigarrillo para distraer la espera y relajar sus excitados nervios. Intentó tranquilizarse con lógicos razonamientos.

Es sábado. La gente se demora más de lo normal. Han debido tener muchos comensales y ahora están disponiéndolo todo para el descanso dominical.

Pero ninguna de las razones que se le ocurrían le parecía válida. Habían transcurrido más de dos horas de tensa espera y la verdad era que la señora Harper comenzaba a sentirse alarmada.

El aparcamiento privado del restaurante estaba vacío, a excepción del «Rambler» de Debra. Desde el lugar en qué se encontraba veía pasar, muy de cuando en cuando, algunos camiones por la cercana autopista.

Hacía frío. El motor del coche se había enfriado y Debra comenzó a tiritar,

Muy cerca de las dos de la madrugada se decidió. Bajó del coche y caminó aprisa hacia la entrada del restaurante.

No había timbre, pero dentro brillaban una luz mortecina. Golpeó con el puño cerrado e insistió varias veces hasta que escuchó unos pasos al otro lado de la tallada puerta de caoba.

Un hombre de aspecto brutal y rostro somnoliento abrió la puerta con desconfianza, examinó de arriba abajo a la señora y gruñó en seco:

—¿Qué se le ofrece?

—Soy una amiga de la señorita Stevens, que trabaja aquí como camarera. Llevo esperando mucho tiempo para llevarla al hotel y...

—Se marchó. Hace rato que se fue —respondió el hombre. Al inclinarse hacia adelante, su chaqueta se abrió y Debra pudo ver fugazmente el revólver que colgaba de su axila.

No se arredró, sin embargo.

—¿Se marchó? ¿Cómo es posible si yo he permanecido en ese coche desde las once de la noche y no la he visto salir? —preguntó.

El hombre arrugó los labios en una mueca de impaciencia.

—¡Hay otra puerta, detrás! Los empleados la utilizan a veces, sobre todo los sábados. Y ahora, márchese. Su amiga debe estar esperándola —respondió el hombre con brusquedad. Y le dio con la puerta en las narices.

Disgustada, Debra Harper volvió sobre sus pasos, se acomodó tras el volante y, tras un instante de vacilación, puso el motor en marcha y se alejó.

En lo más profundo de su corazón deseaba que aquel hombre hubiera dicho la verdad.

«Es muy extraño —se dijo, no obstante—. Aunque Francey hubiera salido por la otra puerta, se apresuraría a buscar el coche y a reunirse conmigo».

¿Quizá no la había visto? La noche era brumosa y Debra se había visto obligada a estacionar el coche en el otro extremo del aparcamiento, puesto que cuando llegó, a las once, estaba todo atestado de automóviles.

«Quizá tomó un taxi o una de sus compañeras se ofreció a llevarla en su coche», pensó, afianzándose a aquella posibilidad como a un clavo ardiendo. Media hora después llegaba al hotel Caldwin.

El conserje nocturno no sabía si la señorita Stevens había subido a su habitación: él se había hecho cargo del servicio a la una de la madrugada.

Debra tomó el ascensor y subió a su habitación.

—Vacía —murmuró, desalentada.

Registró la *suite* apresuradamente, en busca de una nota de Francey que llevase un poco de tranquilidad a su corazón.

Pero no halló nada.

Se sentía fatigada, pero no podría descansar, hasta saber qué había sido de Francey Stevens.

Consultó la guía telefónica y llamó a la policía. De la forma más discreta posible, explicó que su amiga, empleada del restaurante Solé no había vuelto a su alojamiento del hotel Caldwin.

—¿Solía la señorita Stevens acudir a lugares de juego, clubs nocturnos u otras diversiones de madrugada? —preguntó un amable policía. Debra respondió negativamente. El agente le hizo algunas preguntas sobre

Francey Stevens que la señora Harper respondió satisfactoriamente.

—Me aterra pensar qué haya sufrido algún accidente de tráfico. O que haya sido asaltada por merodeadores nocturnos. ¿Cree que debo telefonar a los hospitales y centros de asistencia de urgencia? —preguntó.

—Tranquilícese, no se preocupe —respondió el policía—. Nosotros nos ocuparemos de todo eso. Volveremos a llamarle al hotel Caldwin en cuanto tengamos noticias,

Debra colgó, fue al dormitorio y se tomó un par de aspirinas, con la esperanza de paliar la terrible jaqueca que la aquejaba desde el momento en que se entrevistó con el horrible individuo del restaurante Solé.

«Un pistolero, sin duda», pensó.

Y se estremeció, temiendo por la suerte de Francey.

Logró mantenerse despierta hasta las cinco de la mañana. A esa hora, la fatiga le rindió. Sentada en el diván, se quedó profundamente dormida.

A las diez de la mañana le despertó una camarera. Le traían el desayuno.

«¡Miserable de mí! —se recriminó mentalmente—. ¡Me dejé dormir...!».

Apenas probó el desayuno. Luego se duchó con agua tibia y cuando se sintió suficientemente despejada, reflexionó sobre su dramática situación.

Miró la fecha en su cronómetro de pulsera —un recuerdo más de Bill Harper— y comprobó que era domingo, ocho de noviembre.

—Dentro de cuatro días ejecutarán a Blaine Prentice —susurró, desquiciada—. ¡Y es inocente...!

¿Qué podía hacer?

—Llamar a la policía —se respondió.

Y lo hizo inmediatamente. Un sargento Jones, oficial de guardia, tenía noticias de su denuncia de la madrugada anterior.

—No, lo siento, señora Harper. No hemos conseguido ninguna noticia respecto a la señorita Stevens, a pesar de que todos los radios-patrullas y agentes de San Francisco tienen su descripción y sus datos personales. No desfallezca: la llamaremos al hotel Caldwin en cuanto dispongamos de alguna noticia.

Debra encendió un cigarrillo.

—¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer?

Consultó la documentación que sobre el caso Diamanti habían acumulado en varias carpetas de skai.

—Debí dar cuenta a la policía de mis sospechas respecto al restaurante Solé —se lamentó. Pero no había querido «levantar la liebre» hasta estar segura de que era absolutamente necesario. Francey podría estar obteniendo datos en relación con Ralph Diamanti.

Pero ahora sobraba toda prudencia. Había que pasar a la acción directa. ¿Cómo obtener éxito?

Briam Waldport, fiscal en el proceso contra Diamanti en el caso del asesino de la familia Breeman, se había distinguido por su honradez, su imparcialidad y su decidido interés por erradicar el crimen organizado.

—¡Briam Waldport, ése es el hombre! —exclamó la señora Harper. Y buscó en la guía el número del palacio de Justicia. Ya estaba marcándolo, cuando recordó que era domingo y que la Administración de Justicia no funcionaba en los días festivos.

Buscó atropelladamente el apellido Waldport en la guía. Había un Waldport, pero no era Briam, sino Joseph.

De todas formas, marcó el número.

—Soy la viuda del doctor Harper, médico de la penitenciaría del estado. Me urge mucho comunicarme con el fiscal Waldport. Se trata de algo relacionado con el caso Diamanti. No me atrevo a decir que es cuestión de vida o muerte, pero mi problema es grave —habló de corrido en cuanto una voz de mujer, al otro lado, pronunció «¿Diga?».

—Espere un momento, por favor —le respondieron. Minutos

después, Debra Harper hablaba con Joseph Waldport.

—Querida señora Harper, no sé si sabrá que yo soy el doctor Waldport, hermano del fiscal. Conocí a Bill en Berkeley, pero no sabía que hubiera muerto. No puede imaginarse cuánto siento...

—Gracias —le atajó Debra, con decisión—. Pero me interesa mucho entrevistarme con su hermano, el fiscal Briam Waldport. ¿Podría hacerme el favor...?

—El caso es que Briam suele pasar los fines de semana en su pequeño rancho de Sonoma, a unos 70 kilómetros de San Francisco. No tienen teléfono allí, pero...

»¿Sí?

—Tratándose de usted y teniendo en cuenta la necesidad urgente que tiene de hablar con él, yo mismo me prestaré a llevarla allí. ¿Dónde está?

—En el hotel Caldwin —se apresuró a responder Debra. Y añadió—: No puede imaginarse cuánto le agradezco su ayuda, doctor. Créame, me encuentro en una situación desesperada.

—No se preocupe. Estaré a la puerta de su hotel en media hora. Hablaremos por el camino. Tranquílcese.

Voy para allá.

El doctor Waldport cumplió matemáticamente su promesa: a las once menos cuarto de la mañana penetró en el vestíbulo del hotel Caldwin y se entrevistó con la señora Harper. Poco después, y bajo una fina llovizna, abandonaban la ciudad y se dirigían a Sonoma.

Llegaron al ranchito del fiscal Waldport cuando la familia se disponía a almorzar. Briam Waldport vaciló entre invitarles a almorzar o escuchar a la viuda del doctor Harper, pero su hermano le hizo una seña discreta y finalmente abandonaron el comedor y penetraron en una pieza contigua, muy cómoda, amueblada al estilo Texas, con librerías, mesas y sillas de color claro.

—Ha dicho que se trata de algo relacionado con el caso Diamanti —pronunció el fiscal, perplejo—. Ha logrado intrigarme, señora Harper. Hable, por favor:

En su ansiedad por explicarse, Debra se atragantó. El señor Waldport pidió a su esposa que trajera una botella de rojo vino de California y escanció en tres vasos.

Más serena, Debra comenzó a hablar. Explicó sus sospechas sobre la muerte de su esposo, la incertidumbre de Bill Harper en el

caso Diamanti y el posterior encuentro con Francey Stevens.

Cuando la señora Harper terminó de hablar, el fiscal Waldport se excusó y abandonó la habitación.

—Voy a llamar por teléfono a Los Angeles. Los Welles, unos amigos que viven cerca de aquí, tienen teléfono. Volveré en seguida, señora Harper —dijo.

CAPÍTULO XIII

Ante la atenta mirada del vigilante —los funcionarios se relevaban cada dos horas en el pasillo—. Blaine

Prentice trazó sobre el muro la octava cruz con la uña de su pulgar derecho.

Eso quería decir que llevaba ocho días aislado en capilla, era 10 de noviembre y... sólo le quedaban dos días de vida.

Ya no tenía fuerzas para protestar. Durante aquellos días había permanecido en continua vela, gritando, chillando y protestando a voz en grito.

Había gritado miles de veces aquellas frases alucinantes:

—¡No soy Ralph Diamanti! ¡Me llamo Blaine Prentice! ¡Soy un maestro, no un criminal! Inútilmente.

Los vigilantes le permitían gritar hasta que sus cuerdas vocales se inflamaban, reseca, y de sus fauces apenas brotaba un jadeo más propio de animal que de un ser humano.

Ya no gritaba. ¿Para qué...?

Mentalmente renegaba de la justicia de los hombres. Se desesperaba, se retorció en el camastro, sollozaba, se golpeaba de cabeza contra el muro en una rabiosa acción de protesta.

Inútilmente.

El vigilante llamaba a un compañero situado al otro lado del rastrillo y hacían venir al médico, que le examinaba fríamente y le inyectaba un calmante que le dejaba sin fuerzas, pero le permitía dormir durante doce o catorce horas seguidas.

Ahora ya no gritaba.

No quería que volviera el doctor Lovelock y le sumergiera, de un pinchazo, en aquel sueño artificial, poblado de horribles pesadillas, en el que se veía a sí mismo caminando erguido, con pasos lentos y

desmañados hacia aquella cabina de hierro y cristal que Leonardo Fabbri había llamado «octógono».

Se había ido acorchando lentamente. Su cerebro había enviado un SOS urgente al sistema nervioso y vegetativo para evitarle de una forma natural mayores sufrimientos psíquicos.

Apenas sentía, podría asegurarse que no vivía.

Comía muy poco, aunque sus menús habían mejorado notoriamente desde que le apartaran de los demás condenados a muerte. Y, cuando lo hacía, masticaba mecánicamente sin tomar el menor gusto a los alimentos.

A veces recordaba a la maravillosa Francey Stevens. Pero se le antojaba que Francey era ya poco más que un sueño lejano, un fantasma inalcanzable, un desvaído recuerdo del pasado remoto.

Insensiblemente, sus cabellos fueron tornándose grises y luego adquirieron el brillo de la plata. Pero ni una sola mañana, al producirse el relevo de vigilantes, olvidaba marcar aquella cruz en el yeso con la uña del pulgar.

—Sólo faltan dos días —murmuró.

Y no se estremeció. Su insensibilidad emocional había llegado al límite.

* * *

El día 10 de noviembre, el fiscal Waldport visitó a la señora Harper en su *suite* del hotel Caldwin.

—Di órdenes a la policía judicial para que registrara el restaurante Solé —anunció—. Desgraciadamente, el registro fue infructuoso. No encontramos a Ralph Diamanti, como usted sospechaba, ni tampoco a la señorita Stevens. En cuanto al restaurante, no está legalmente a nombre de Diamanti, sino de un tal señor Miller, que posee todos los documentos exigibles y autorizaciones en regla. El señor Miller dijo que se disponía a cerrar su negocio por vacaciones y que había entregado a todos sus empleados una gratificación de quinientos dólares. Incluso mostró el recibo firmado por la señorita Francey.

Debra se volvió de espaldas, desorientada.

—Pero... ¡todo eso no es sino una cortina de humo, un vulgar chanchullo! —exclamó—. Cuando Francey obtuvo el empleo, Miller

no le habló de las vacaciones, del cierre... Razonablemente, señor Waldport, ¿cree que el dueño de un negocio tomaría una nueva empleada días antes de cerrar por vacaciones?

—Me parece extraño, sí —asintió el fiscal—. Pero, ¿qué podemos hacer? Desde luego, toda la policía del Estado está movilizada.

Debra se volvió, descorazonada.

—¡Lo sé, lo sé! Y sin embargo... es posible que Francey haya muerto. Asesinada —murmuró. Y no pudo impedir un sollozo de profunda congoja.

Waldport la tocó en el hombro.

—Cálmese, por favor —pronunció con voz cálida y confortadora—. Hemos puesto toda nuestra atención en Ralph Diamanti y no hemos pensado en el hombre que el día doce será introducido en la cámara del gas. Yo mismo me recrimino por no haber pensado antes en ello, señora Harper. Pero ahora mismo voy a comprobarlo.

»¿Qué?

—Las huellas dactilares del preso. Si no coinciden con la ficha de Ralph Diamanti, es evidente que ese hombre es un doble. Y, por tanto, inocente. Después seguirá una investigación dentro de la prisión.

—¡Dios santo, es verdad! —exclamó Debra, estupefacta—. ¿Cómo no se nos ocurriría algo tan elemental?

* * *

A las once de la mañana, el vigilante descorrió el cerrojo de la celda del condenado a muerte.

Jack Hagerty cedió el paso al fiscal Waldport, que observó con enorme curiosidad al hombre recostado en el camastro.

El funcionario que seguía a ambos personajes, tocó a Blaine Prentice en el hombro.

—Levántese, por favor —rogó.

Tuvieron que mantenerle enhiesto para poder tomarle las huellas dactilares, sobre un papel vegetal, casi transparente.

Luego el fiscal, el director de la penitenciaría y el funcionario abandonaron la celda, que el vigilante volvió a cerrar.

Secadas las fichas dactilares, fueron proyectadas sobre una

pantalla. A la derecha estaba la ficha tomada a Diamanti a su ingreso en prisión, a la izquierda las recién impresas en papel vegetal transparente.

Apenas bastaron treinta segundos para que Jack Hagerty y el fiscal Waldport llegaran a la misma conclusión.

Hagerty fue el primero en hablar. Sonrió irónicamente cuando dijo:

—¿Se convence, señor Waldport? ¡Son exactamente iguales!

* * *

A las cinco de la mañana del día 12 de noviembre, Blaine Prentice despertó.

Inmediatamente dirigió una desvaída mirada al muro frontero y contó nueve cruces sobre el yeso.

—Falta una —murmuró.

Se alzó del lecho, se enderezó con desesperante lentitud, avanzó justamente dos pasos, apoyó su mano izquierda y marcó con la uña una «X» en el yeso.

Era la décima marca, la que correspondía al último día de su existencia. El vigilante apoyó sus manos en la reja y dijo, solemnemente:

—Ralph, han traído café y *brandy* español. ¿Le apetece? Blaine se derrumbó de espaldas sobre el camastro.

—Haga... lo que quiera —gruñó. Y ocultó el rostro en las, por una vez, limpias sábanas.

Parecía tan inofensivo, tan hundido y descorazonado, que el vigilante recorrió el cerrojo y penetró en la celda con una bandeja humeante en la mano.

De repente, el preso dio un salto y atenazó al vigilante por la garganta. El precioso servicio de café con dos tazas cayó sobre el camastro poco antes de que Blaine Prentice aprisionase entre el pulgar y el índice de la mano derecha la laringe del funcionario de prisiones.

—Lo lamento —pronunció con voz profunda al oído del vigilante—. Lo siento por usted, señor Richards. Confieso que es una buena persona y que me ha cuidado durante estos últimos días. Pero yo no pienso entrar en la cámara. Todo mi ser se rebela ante la

idea de ser gaseado como un vulgar criminal.

Aflojó la presión sobre la carótida de Richards cuando el funcionario se tambaleó al borde de la anemia cerebral.

—No tema —susurró Blaine—. Su vida está segura. Escúcheme... ¡No, no, usted no puede rebelarse, señor Richards! —aconsejó al hombre al que dominaba—. Yo me cuidaré de usted. En realidad, sólo quiero una cosa: no morir en la cámara del gas. Ahora nos asomaremos al recodo del pasillo. ¡Ya lo sé! Allí está Tom Brown, otro vigilante. ¿Qué hora es? —El preso oprimió un poco más el cuello de Rod Richards y las rodillas del vigilante se doblaron—. Las seis cuarenta y cinco. Bien —aflojó la presión sobre la yugular del funcionario y Richards jadeó—. Vamos a esperar aquí. Hasta que oigamos el chirrido del cerrojo que manejará Brown cuando Hagerty, el reverendo Waynes, el representante de la Asociación de Good Christians y el fiscal Waldport precedan al verdugo, míster Brad OBrien. Quizá vengan algunos periodistas especialmente autorizados para presenciar mi agonía. ¿O la televisión? No, no creo. Sería un impacto especialmente brutal para la cándida mente del americano medio...

Calló de repente. Con gran facilidad, hizo retroceder al funcionario y ambos se sentaron sobre el camastro.

—Vamos a esperar. Supongo que a usted, señor Richards, le resultará muy penoso. Piense en mí, en mi situación. Y quizá su ánimo se aligere.

Richards jadeaba, al borde del desmayo. Sabiamente, Blaine Prentice, oprimía o liberaba alternativamente su yugular o su carótida. Mantenía al vigilante absolutamente dominado sin permitirle la menor reacción. Bastaba cortar el riego sanguíneo cerebral por breves instantes para que el cuerpo del funcionario se desmadejara. Aflojaba y Richards revivía materialmente.

Minuto a minuto, transcurrió el denso tiempo. Ya las ocho en punto, se oyó el chirrido del rastrillo más próximo.

Blaine Prentice se irguió de un salto y arrastró al vigilante Richards hasta el recodo. Vio avanzar solemnemente al fiscal Waldport, a Hagerty, a varios representantes judiciales, al doctor Lovelock, al reverendo Waynes, tres personajes de la Good Christians Asociation y... a Brad O'Brien,

el hombre que haría rodar las bolas de cianuro en el baño de ácido en cuanto el reo estuviera aislado en la cámara del gas. Escoltaban a estos personajes diez guardias armados.

A veinte metros de distancia, Blaine Prentice apareció en el pasillo, de improviso, llevando sobre sí al vigilante Richards.

—Buenos días, señores —pronunció con voz sorprendentemente clara y vibrante.

De un empujón lanzó varios metros adelante a Richards y quedó enhiesto, abierto de brazos y con las piernas en compás.

Los guardias se dejaron caer de rodillas instantáneamente y alzaron sus metralletas. Y sus índices se plegaron sobre los gatillos de sus armas...

—¡Señor Waldport! —gritó alguien con voz estentórea, detrás de ellos.

Los guardias agarrotaron sus índices en los guardamontes, los hombres que iban a presenciar una ejecución se volvieron, estupefactos.

—Una llamada urgente, señor fiscal —anunció Foster, secretario de Hagerty—. Una mujer llamada Francey Stevens acaba de llamar desde Monterrey. Dice que se encuentra en el motel Esperanza y... tiene maniatado a un hombre llamado... Ralph Diamanti.

* * *

Pasaron muchos días. Para entonces, un funcionario de prisiones llamado Frank Gordon y un sanitario, Dan Sawyer, habían sido interrogados exhaustivamente por agentes de la policía judicial. También se detuvo al abogado Merrill y a casi un centenar de personajes relacionados con Ralph Diamanti, el capo de Saint Francis. El doctor Lovelock, entre ellos.

El fiscal Waldport estableció que Blaine Prentice, maestro de Miles City, había sido secuestrado por... su asombroso parecido con Ralph Diamanti, el asesino. Éste, a través del «sindicato», había hecho circular cientos de miles de fotografías suyas a través de Estados Unidos. Se trataba de encontrar a su doble perfecto. Y lo encontraron en la persona de Blaine Prentice, un sencillo maestro de escuela en Miles City:

Diamanti había planeado su fuga, antes de penetrar en la cámara

del gas. Pero él sabía que la simple fuga no bastaría: la policía federal no pararía hasta detenerle. Pero si en una celda de la prisión permanecía un falso Ralph Diamanti... ¿quién le buscaría?

Gordon confesó. Explicó cómo, de acuerdo con el conductor del camión de propano que abastecía de combustible a la penitenciaría, dejó vacío uno de los dos compartimentos de su tanque. Blaine Prentice, sometido a un lavado de cerebro enloquecedor, fue introducido en la prisión en el camión. Gordon se las arregló para que Ralph Diamanti escapara, libre, en el mismo tanque de propano, vacío.

Gordon confesó igualmente que había conseguido cambiar las fichas dactilares de Diamanti por otras de Blaine Prentice, desvanecido. Absolutamente desmoralizado, el venal funcionario de prisiones, desenmascaró a Carlin y a importantes personajes de la Mafia.

También se estableció que el doctor Harper había sido asesinado, por suponer un peligro directo para el capo, Diamanti.

El fiscal Waldport averiguó que la Fundación Lusk no era sino una tapadera a través de la cual Ralph

Diamanti pretendía verter su fortuna a una obra benéfica fantasma que él mismo controlaría en adelante.

—Su presunción le perdió. Y su loca inclinación a las mujeres guapas... La señorita Stevens fue muy valiente cuando, en el motel Esperanza, de Monterrey, consiguió intoxicar a Diamanti y sus pistoleros con... una infusión a base de hojas y flores de adelfas. Todo esto nos lleva a reflexionar sobre la vulnerabilidad de la justicia, pero también me reafirma en la certidumbre de que los hombres y mujeres justos siempre alcanzarán en este país la protección de las leyes y los profesionales encargados de hacerlas cumplir —dijo el fiscal Briam Waldport.

Fue a primeras horas de la mañana del 23 de diciembre, cuando Blaine Prentice abandonaba el *Country*

Hospital de San Francisco.

—Le debemos mucho, Blaine —dijo Waldport, tomando a Prentice por un brazo. (Francey escoltaba a Blaine por el otro extremo)—. Cuando escribió su nombre en los documentos de transferencia a la Fundación Lusk, evitó que Ralph Diamanti escamoteara casi trescientos millones de dólares. Naturalmente,

nadie podrá resarcirle por sus sufrimientos, Blaine. —Waldport le oprimió el brazo cálidamente—, pero en el Congreso se gestionará una moción especial: una compensación por diez millones de dólares.

Francey se detuvo. Y Blaine Prentice la miró intensamente. Esperaron a Debra Harper que se les unía en aquel momento.

Y Blaine dijo:

—¿Bastarán diez millones de dólares para construir una alegre escuela en Miles City? Francey no pudo impedir la carcajada. Pero inmediatamente se echó a llorar.

La señora Harper retuvo al fiscal por un brazo. Con una sonrisa amable, dijo:

—Dejémosles avanzar solos, señor Waldport.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4.000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100.000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...